

Los Obispos, que ya por entonces habían unido sus preces á las del Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, y del confesor de S. M. y Director espiritual del Instituto, Sr. Claret, Arzobispo de Trajanópolis, eran los señores Arzobispos Cuesta de Santiago, García Gil de Zaragoza, y los Obispos Landeira de Teruel, Rodrigo Yusto de Salamanca, Avila y Lamas de Orense, Arciniega de Mondoñedo, Maceira de Táy, Moreno de Oviedo, Rios de Lugo, Horcos de Osma, Rosales de Jaén, Barrio Fernández de Cartagena, López Crespo de Santander, Lluch de Canarias, y Barbagero de León.

El Sr. D. Nicolás Ballesteros, hermano de Caridad, escribió á los señores Obispos, los cuales contestaron con las frases más lisonjeras, recomendando á Su Santidad el naciente Instituto.

Creía la Madre Sacramento que el asunto se despacharía al momento, yendo tan encarecidamente recomendado; pero no fué así, pues en Roma estas cosas se miran mucho y despacio: no se quiere aumentar institutos inútiles, hijos de fervoretas pasajeras, ni perjudicar á los que ya hay con el mismo objeto, creando antagonismos y rivalidades perjudiciales. Se examinan las necesidades, el objeto, los medios y, sobre todo, el espíritu. Y tanto fué así en el caso presente, que resultó una cosa notable en que se vió la mano de la Providencia y la sabiduría de los individuos de la Congregación, que

anduvieron en este asunto. Le habían hecho á Madre Sacramento que alterase tres ó cuatro cosas en las Constituciones, que ella había escrito, y que no parecieron bien á alguno, ó algunos de los Prelados, muy sabios y expertos, que las habían revisado; sin advertir que en cosas de mujeres entienden éstas más que los hombres. Pues fué cosa muy notable que en Roma repararon en ellas, y vinieron modificadas en el sentido en que las había redactado la Fundadora, de su primera intención.

Supo ésta, que por estos y otros motivos se hacía oposición en Roma no sólo á las Constituciones, sino al Instituto. No es de extrañar: en Roma y en España había tristes experiencias sobre este asunto. En Roma lo planteó el V. Fray Domingo de Jesús María (Ruzola), Carmelita Descalzo español y tercer General de la Orden en Italia, y á pesar de ser varón extático, y dotado de espíritu profético, confesor de tres Papas, individuo de la Congregación de *Propaganda Fide*, tuvo muchos disgustos, contradicciones y no poco que sufrir.

Lo que había sucedido en Valencia con la fundación del Colegio de Arrepentidas por el V. Hermano Francisco del Niño Jesús, coetáneo y amigo de Ruzola, queda indicado. Otros establecimientos análogos fundados por el Beato Simón de Rojas y otros personajes piadosísimos de España y de otros países en el extranjero y durante el siglo XVII, habían venido á menos, ó desaparecido.



Téngase en cuenta la oposición que á la Vizcondesa de Jorbalán hicieron en Burdeos el respetable Abad de la Trapa y el caritativo Sr. Dalp, el cual revocó la manda que le dejaba de una pingüe herencia, que no quiso sirviera para ese objeto, tenido casi por absurdo, si no por imposible.

Supo la Madre Sacramento la oposición que se hacía á su naciente Instituto en el seno de la Congregación de Obispos y de Regulares, que es la que entiende en esta clase de asuntos, y por el mismo conducto por donde lo supo se le avisó que escribiera directamente á Su Santidad. Grande fué su apuro, pues no sabía en qué forma debiera hacerlo; pero, así como en Burdeos al hablar á las religiosas jansenistas, y en Zaragoza á las Señoras de las Escuelas Dominicales, hallándose cortada, confusa y sin saber qué decir ni cómo principiar, el Señor, por cuya gloria obraba, habló por ella y le enseñó lo que había de pronunciar, cumpliendo lo que ofrece en su Evangelio, así en esta ocasión escribió á Su Santidad, lo que creyó debía decirle, después de encomendarlo á Dios, como hacía siempre, y más en tales casos.

En su ignorancia de fórmulas y formalidades, envió la carta cerrada, dentro de otra para el señor Nuncio, que á la sazón estaba en la Granja. Contestóle éste que la remitiría á Su Santidad tal cual la había recibido, aunque no era costumbre remitirle cartas cerradas, sino de los Obispos.

La carta llegó oportunamente.

En una audiencia que tuvo con Su Santidad el Cardenal Arzobispo de Burgos, Sr. D. Fernando de la Puente, le habló con mucho interés á favor de Madre Sacramento y su Instituto. Tenía ya el Papa noticias acerca de ella, y preguntó al Cardenal cómo no había venido á Roma aquella Señora á gestionar á favor de su fundación, como hacían generalmente los que se hallaban en ese caso. El señor Arzobispo le hizo ver la dificultad de hacerlo, dado lo arduo del gobierno de las tres casas que ya tenía, la escasez de personal, y lo delicado y difícil de la empresa que había acometido. El Papa quedó satisfecho, y se sabe por más de un conducto que tuvo siempre en alta estima á la Fundadora.

Por fin en Setiembre de 1861, y cuando se preparaba para la fundación de la casa de Barcelona, se dió el decreto aprobando el Instituto por cinco años, como por vía de exploración ó ensayo. El Decreto dice así: «Nuestro Smo. Padre el Papa Pío IX, en audiencia tenida con el infrascrito señor Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y de Regulares, el día 5 de Julio de 1861, aprobó y confirmó por un quinquenio, por vía de prueba, las presentes Constituciones, como se contienen en este ejemplar. Dado en Roma por la referida Sagrada Congregación, el día 23 de Setiembre de 1861. —Nicolás, Cardenal Palaviani Clarelli, Prefecto. —Arzobispo de Filipos, Secretario.—Hay un sello.»



Recibió la noticia y el Breve en Barcelona, pocos días antes de abrir la casa. No le satisfizo al pronto, al ver que la aprobación era solamente por cinco años; pero tanto el señor Obispo como otras personas entendidas le hicieron observar, que era un grande y singularísimo favor, pues la Santa Sede no se apresura en tales casos á la aprobación de nuevos institutos, que esa era la fórmula usual, y que otros institutos más antiguos que el suyo no habían logrado en tan poco tiempo ni aun esa aprobación por vía de ensayo. Con eso no solamente se tranquilizó, sino que se dió por muy contenta.

Propendía la Madre Sacramento á dar al Instituto más antigüedad de la que realmente tenía, pues lo hacía datar del año 1845, que era la fecha del Colegio de Madrid en la calle de Jardines, ó de 1849, cuando ella abandonó la casa y palacio de su hermano para establecerse en la calle de D. Pedro contra viento y marea, después del fracaso de las religiosas extranjeras; y en verdad que esa era la fecha de su vocación religiosa y del amargo y penoso noviciado de siete años que allí pasó. Pero la Comunidad y el Instituto no nacieron hasta 1855, y á duras penas se le puede remontar al año 1850, como queda dicho, pues que entonces fué cuando se estableció formalmente en la calle de Atocha, aunque sólo como en forma de Colegio, y no como instituto religioso.

En 1859 se imprimió un Sumario de las Constituciones, gracias é indulgencias y las aprobaciones del Ordinario y el Gobierno. Aquel cuaderno, bien impreso en casa de Aguado, tiene ya la lámina de la adoración del Santísimo en que figuran dos Adoratrices en oración y alumbrando al Señor Sacramentado, y además figuran allí á derecha é izquierda del Santísimo la Virgen de los Desamparados, y San Francisco de Paula.





---

## CAPÍTULO XLIV.

*Fuegos en el Colegio.—Fundación en Búrgos.—Disgustos en Barcelona.—Proyectos de fundación en San Sebastián y Valladolid durante el verano de 1862.*

EL día 20 de Marzo estaba ya otra vez Madre Sacramento de regreso en Zaragoza, y preparándose para ir á Madrid, á donde envió antes á Caridad y Corazón de María, según queda dicho (capítulo XLII.)

En los meses que mediaron hasta el verano padeció muchos contratiempos en Madrid. Dos veces tuvo fuego en la casa, y se cree que fué entonces cuando la envenenó una colegiala por venganza, echándole veneno en el chocolate.

Estando en la capilla en una función, entró un sacerdote (1), y con el aire del manteo agitó una

---

(1) Por una nota marginal se viene en conocimiento de que debió ser el Sr. Besalú, capellán del Sr. Claret.

colgadura, que vino sobre una vela encendida, comenzando á subir la llama muy de priesa: el sacerdote, por querer apagarla pronto, se quemó la mano.

Poco después, estando también toda la Comunidad en la capilla, se prendió fuego en la cocina, ardiendo toda una tinajilla de aceite.

El otro fuego ocurrió estando la Comunidad en misa. Quemóse gran parte del techo y la buhardilla. Desde el cuartel de Santa Isabel y casas inmediatas comenzaron á gritar que salía mucho humo. Terminada la misa, subió á la buhardilla y el fuego era ya imponente: la Comunidad estaba muy alarmada, pero ella tuvo más serenidad y logró tranquilizarla. Llegaron muy á tiempo un maestro de obras con albañiles, y se consiguió aislar el fuego y apagarlo con pocas pérdidas.

Salió de Madrid con la Hermana Caridad, que estaba muy enferma y necesitaba tomar las aguas de Cestona. Llegó á Búrgos después de un viaje muy incómodo y penoso en diligencia. Llevólas á su casa la señora Quevedo de Cortes, pues el señor Cardenal Puente, Arzobispo de aquella Diócesis, tenía obra en su palacio.

En la misma casa de la señora de Cortes vivía en otro piso el Sr. Arcediano, el cual tenía oratorio, donde podía oír misa y comulgar. El Sr. Arzobispo estaba ya arreglando el edificio para Colegio, y llegó Madre Sacramento muy oportunamente para



dirigir la obra y hacer las modificaciones necesarias. Con fecha 26 escribía:—«Estoy de arquitecto, asada y llena de polvo y escombros.»

Al día siguiente añadía—«Ayer tomé posesion de la casita: me dan la propiedad. Es como la de Madrid, con jardín para la Comunidad y el Colegio, y con ella me dan una renta de 12.000 reales. Para Octubre estará la casa con la obra que he trazado y el Cardenal aprobó.»

De Burgos salieron para Vitoria y Elgóibar, hasta donde las acompañó el P. Goñi, carmelita descalzo, por encargo del Cardenal. Allí tuvieron que detenerse por no haber habitaciones en los baños y á fin de ganar el jubileo de la Porciúncula.

El 19 de Agosto, terminados los baños pasó á Loyola donde estaban varios padres jesuitas, antiguos conocidos suyos, que la obsequiaron con gran finura en cuanto pudieron.

De allí pasó á San Sebastián para tomar los baños de mar, y promover la fundación que deseaba y procuraba el Sr. Obispo. Allí estaba el día 28, y en medio de la tranquilidad que gozaba, en casa de la señora de Balzola, tenía que sufrir graves disgustos por las malas noticias que recibía de Madrid y de la casa de Barcelona.

El día 11 de Agosto se había salido de la casa de Madrid la Hermana Esperanza, la de los éxtasis, después de haber dado graves disgustos á la Hermana Corazón de María y toda la Comunidad.

Esperaba una grande herencia, que por cierto no llegó á tener. Como la Madre Sacramento siempre había desconfiado de su espíritu y de la índole de los favores sobrenaturales que recibía, no le sorprendió esto, aunque le disgustó como no podía menos. «No me quisieron creer Ustedes, decía en su carta á la Superiora, que bien se lo dije más de una vez, que aquello no era de Dios.»

Con fecha de 8 de Setiembre, y todavía desde San Sebastián, escribía á la Madre Espíritu Santo, la cual se hallaba en Barcelona acosada por graves disgustos y calumnias contra la Comunidad. De esto había pasado mucho allí, según queda dicho, y lo bueno era que, entre los que más las promovían era el célebre Pepito, á cuya familia había favorecido mucho en Madrid la Vizcondesa cuando lo era, según queda dicho (cap. XXI). Se empeñaba en ser sacerdote y misionero apostólico y predicar mucho; pero sus letras eran pocas y gordas. La Madre Sacramento lo halló en Barcelona y le favoreció en cuanto pudo, pero él quería más, y la Fundadora no podía satisfacer ni todos sus gastos, ni menos sus exageradas aspiraciones. En desquite había sembrado calumnias y desconfianzas contra ella y contra la Comunidad, y, á lo bobo, había hecho mucho daño, pues tales son á veces ciertos beaticos, simples pero no sencillos, llegando el asunto á los tribunales.

Otro de más talento y superior posición había continuado la tarea de las difamaciones y acarrea



graves y continuos disgustos á la Madre Espiritu Santo, que seguía de Superiora en Barcelona.

En dicha carta de 8 de Setiembre decía á ésta: «Envío á V. la copia de la carta que he dirigido al señor que se dejó sorprender, y dirigió á V. una de las ciento que habrá escrito. Yo la recibí hoy y me causó gran placer el ver que, puesto el enemigo á atacarnos, no lo ha logrado con un solo hecho verídico. ¡No es esto un milagro!»

«Pues sepa V. que este ha de ser el pago que aquí nos espera, pero una corona de gloria nos ha de valer... Temo más un pecado, que miles de calumnias por bien forjadas que estén.»

De San Sebastián volvió á Burgos donde se detuvo poco para ver cómo seguían las obras de la casa, y de allí marchó á Valladolid; en cuyo punto la hospedaron muy cariñosamente las Señoras Salesas, que hacía poco habían fundado allí, y se edificó mucho al ver su amable trato y buenos ejemplos. En un párrafo de su carta da noticia de una cosa curiosa que entonces le aconteció.

Dos señoras de Madrid, más notables aun por su piedad que por su nobleza, habían estado en Valladolid durante la primavera tratando de la fundación de una casa de recogimiento, por el estilo de la de las Adoratrices en Madrid. La Madre Sacramento nada sabía, pero las personas que habían andado en ello vinieron á hablarle del asunto cual de cosa sabida, y continuación de los anteriores tratos; y

de tal manera que aun cuando ella les dijo que nada sabía, se empeñó alguna de ellas en no creerlo, insistiendo en que la había visto. De todas maneras, sirvió aquello para continuar tratando del asunto con la venia del Sr. Arzobispo.

En Ávila se detuvieron en casa del Sr. D. Ramón Nava, y se trató algo de fundación de casa para más adelante. Como Madre Sacramento era muy devota de Santa Teresa y le debía especiales favores, disfrutó mucho en Ávila en los parajes donde la Santa nació y vivió como religiosa.





---

## CAPITULO XLV.

*Viajes á Valencia y Murcia en el otoño de 1862.—Ejercicios espirituales fructuosos: desapropiación de todo.—Sujétase á grandes humillaciones con éxito lisonjero para la casa de Valencia.—Viaje á Murcia, llamada por el Sr. Obispo para plantear las Escuelas Dominicales.*

**D**E su expedición á Valencia y Murcia en 1862 dejó noticias la Madre Sacramento en una carta.

«Llegué, dice, aquí (á Valencia) el 20 de Octubre, y hallé muy pobre la casa con sus cien personas, y muy apurada á la Superiora, por tener el equipo viejo y escaso, y con siete mil reales de deudas. Ya ve V. si me daría pena ver á esta Superiora, que es un ángel, con apuros y disgustos por fuera. Sólo tenía el consuelo de que las trece que son de Comunidad, se puede decir que no tienen más que una voluntad, y con un fervor que edifican.»

«Sus colegialas, el mayor pesar es decirlas que se marchará, y son buenas, y tan dispuestas para las cosas religiosas, que parecen una Comunidad

en la paz y unión. Por fuera malas voluntades, envidias y quejas injustas...»

A los dos días de llegar á Valencia escribió el Alcalde de Sueca, que en el pueblo estaban tan edificados de las que habían ido allí á tomar baños, que todos estaban dispuestos á dar limosna si iba alguna á pedirla. Fué la misma Madre Sacramento á pedirla de puerta en puerta, acompañada del señor Cura, el Alcalde y el Síndico, llevando dos machos con serones, donde recogía patatas, melones, arroz, panizo, alubias y cuanto le daban. ¡La elegante Vizcondesa, la de las embajadas de París y Bruselas, pidiendo limosna de puerta en puerta! Y dice que tuvo en ello gran consuelo. Algunos de aquellos hombres honrados le besaban la mano. Hubo Manifesto durante los cuatro días, con gran devoción del pueblo, motivo más de consuelo para ella. Además de las provisiones recogió dos mil reales y promesas de más para el año siguiente.

De vuelta entró en ejercicios con su respetable Director el P. Jáuregui, y los hizo durante diez días con gran rigor y recogimiento: durante ellos tuvo grandes consuelos espirituales. La Comunidad y las colegialas los hacían al mismo tiempo, aunque de distinto modo, y ella aparte.

La buena Superiora estaba muy angustiada por las deudas y apuros, y pensaba deshacerse de algunas de aquellas pobres muchachas: la Madre Sacramento no podía oír hablar de eso, y sentía mucho



las penas de aquélla. En uno de los días de ejercicios sintió un llamamiento del Señor que le convenía por tener ella dinero, cuando la pobre Superiora no tenía cosa alguna. Entonces cogió tres mil reales que tenía para su viaje de regreso y visita de casas, y, poniéndolos en un paquete, con una carta que decía: «*Nada de despedir chicas,*» lo depositó en el torno. La Superiora recibió la limosna llorando, y le puso una carta tiernísima. Confió en que el Señor le daría en cada punto recursos para salir de aquél para otro, y así fué. Para el de Valencia á Murcia le dió el Sr. Canónigo Salazar (1).

Las resoluciones de los ejercicios fueron muy eficaces, sin hablar de la parte espiritual, á que no conviene descender en este libro y por ahora. Sabiendo que un señor sacerdote, rico y protector de la casa en otro tiempo, estaba quejoso de ella, aunque sin motivo, fué á su casa y le pidió perdón de rodillas. El sacerdote se conmovió al ver tanta humildad, y, para dar una muestra y testimonio de que no abrigaba ningún resentimiento, le dijo misa en el Camarín de Nuestra Señora de los Desamparados, y la convidó á tomar chocolate.

También se resolvió á ir á pedir limosna á una señora, que en cierta ocasión la había recibido muy

---

(1) Después Obispo de Sigüenza, y actualmente dignísimo de Málaga, con quien consultaba sus asuntos y dudas en Valencia.

mal, despidiéndola los criados con malos términos. En esta ocasión la recibió aquella señora, y viendo que le saltaban las lágrimas, al pedirle limosna con mucha humildad, se enterneció también, conociendo quizá el esfuerzo que hacía para vencerse, ó recordando lo de la otra vez. Ello es que en ésta le ofreció y, en efecto, le dió cincuenta refajos de abrigo, y cuarenta vestidos para las Desamparadas.

Fué también, á ver al Gobernador, que la acogió muy bien, le ofreció mirar por la casa y proporcionar agua para el surtido de ella.

Finalmente, habiéndole escrito un señor forastero (1), que le daría lo que quisiese con tal que fuese á verla unos días, le pidió los siete mil reales, que necesitaba para pagar las deudas de la casa de Valencia; de modo que, al marcharse para Murcia, la dejó provista, desentrapada, abastecida para algún tiempo y bien quista con todo el mundo.

Y no fué solamente la casa de Valencia la que logró estos favores, sino que también la de Madrid, que andaba con apuros, alcanzó otro de la Providencia, pues al sexto día de los ejercicios que en Valencia hacía la Madre Sacramento, se presentó inesperadamente una persona con mil duros en la casa de Madrid.

---

(1) Conjetúrase por las cartas y los sucesos que fué el Sr. Obispo Landeira, como luego se verá, pero ella no lo expresa al narrarlo como un favor providencial.



Como resultado también de estos ejercicios fué el desapropiarse de todo lo que tenía en su celda de Madrid, que ella llamaba *su jaula*, y hasta de los muebles de su Madre que conservaba, como se había desprendido de los tres mil reales que tenía para su viaje y visita de las casas. Así lo indica en la siguiente carta :

«Alabado sea el Smó. Sacramento.—Valencia 2 de Noviembre de 1862: Miquerida Hija Caridad. Es menester que pienses que tú eres la Superiora de la casa de Madrid, y debes mirar detenidamente todo. Me parece que hay lujo en cuadros, etc., que se puede ó repartirlos á las cuatro casas, ó guardar algunos para el día que la casa sea más grande, ó haya un noviciado en otra, si Dios quiere, ó para ir mandando á las que se funden nuevas. Desde luego te autorizo para esta reforma, que lo que acordéis entre las tres (1) diréis que *es mi orden.*»

«Quiero que me quites el almacén que está en *mi jaula*, y hagáis un reparto á cada casa de lo que creas les gusta más, y lo demás en el armario del Noviciado, donde está todo lo de la Comunidad, *pues mío yo no reconozco nada.*»

«De la papelera mía que haga dos Marcelino, como ella, de su misma hechura, y si la de Villaveja (2) las paga, que se las lleve en cambio, que

---

(1) Caridad, Corazón de María y Rosario.

(2) Una señora amiga suya.

*yo no la quiero en casa*, porque me hallo apegada.»

«El cofrón grande también *lo quiero vender*, porque era de mi madre, y me gusta mucho. Puede que la Villavieja lo tome y lo pague.»

A este tenor va dictando otros pormenores para despojarse, ó desapropiarse de todo, y aun de aquellas cosas que, por ser de sus padres, ó muebles y cosas antiguas, á que se llega á coger gran cariño, le podía costar mayor mortificación el dejarlas, á fin de no tener ya apego á ninguna cosa de la tierra.

De Madrid hizo que vinieran tres Hermanas más, y con ellas la Hermana Rosario, que debía acompañarla á Murcia, á donde le instaba el Obispo para que fuera con objeto de plantear allí las Escuelas Dominicales. Conjetúrase que le costaron al buen señor Obispo los siete mil reales de las deudas que tenía la casa de Valencia, como queda dicho, y por cierto que, si los dió, debió ser muy á gusto, pues la carta que escribió á Madre Sacramento, cuando le avisó que iba á Murcia, rebosa de ternura, regocijo y entusiasmo. «Al llegar al párrafo donde V. me ofrece hacerme una visita de cinco días, ¿cómo le explicaré lo que ha pasado por mí? He vuelto á leerla por si me había equivocado, y he visto que nó. ¡Es posible que tenga yo el gusto de ver á V. en ésta!» (1).

En seguida le dice que están arreglando para

---

(1) Conservóla Madre Sacramento, poniendo en ella de su letra una «¡Qué carta! ¡qué carta!»



ella, y las que le acompañen, las habitaciones del palacio, que las habían modificado cuando se hospedó en él la Reina.

De Valencia salió para Almansa el día 3 de Diciembre: habiendo llegado allí con retraso tuvo que esperar otro tren, procurando entretanto pasar el tiempo en la iglesia. Llegaron ella y la Hermana Rosario á Murcia al día siguiente á las cinco de la mañana. En la estación esperaba con el coche el mayordomo del señor Obispo, y éste en palacio para decir misa y dar la Comunión á Madre Sacramento, así que llegase.

Era Obispo el Sr. D. Francisco Landeira, sacerdote muy sencillo y modesto, gallego como el señor García Gil, el Arzobispo de Zaragoza, y que había sido trasladado á Murcia desde Teruel. Tenía empeño el señor Obispo en plantear allí las Escuelas Dominicales, pues habían fracasado todos los esfuerzos que habían hecho para ello, tanto él como su antecesor el señor Barrio. La ex-Vizcondesa tenía allí muchas y buenas relaciones con las Señoras de la aristocracia, y hasta de parentesco con algunas, pues el pueblo de los Llanos de Alguazas era casi todo de su casa, y su hermano era más conocido en el Cuerpo diplomático por título de marqués de los Llanos, que por el de conde de la Vega del Pozo, como ya queda dicho.

Fueron, pues, muchas á visitarla, pero así que les habló de las Dominicales, comenzaron á

retraerse. Como no cejaba por eso en su santo propósito, hubo de tomar la resolución de visitarlas una por una, de modo que, no pudiendo negarse á ella individualmente, hubieron de acceder.

Reuniéronse, al cabo, en el palacio del señor Obispo, el cual, después de breves frases, cedió la palabra á Madre Sacramento. Nombróse Presidenta á la señora Marquesa del Campillo, y Secretaria á una señorita joven, y quedó todo arreglado para que comenzase la escuela el día primero de Pascua, en el local que tenían también para escuela los socios de las Conferencias de San Vicente de Paul.

Por aquellos días escribía á Madre Espiritu Santo, que no iba á Barcelona por el disgusto que le daba el pleito que había movido el santico Pepito, asunto que deseaba ver terminado de cualquier modo.

Hasta el día 3 de Enero no regresó á Madrid con la Hermana Rosario.





---

---

## CAPÍTULO XLVI.

*Proyectos de fundación en Cádiz y otros puntos de Andalucía en 1863.—La vida aristocrática : contraste con la de un obispo capuchino.—Terminase la quinta fundación en Búrgos.—Muerte prematura de la Hermana Caridad.—Disgustos en Burgos y contratiempos en Cestona.*

EN la Cuaresma del año 1863, hizo Madre Sacramento la visita de las casas de Zaragoza y Barcelona : llevó de Secretaria á la Hermana Rosario, y pasaron la Semana Santa en Monserrat. Le acompañó además la Hermana Caridad, á la cual trajo en compañía de Gloria y de Bernarda, por ver si tenía algun alivio con la mudanza de clima : pero nada se logró.

El día 5 de Marzo estaba en Zaragoza, y halló la casa en muy buen pié, habiendo salido dos poco idóneas y sin profesar.

De regreso á Madrid le invitaron D. Fermín de la Puente y otros varios señores á fundar en Cádiz, donde buena falta hacía el Instituto. Era el Sr. Don Fermín pariente del señor Arzobispo de Burgos. Accedía el señor Obispo de Cádiz y deseaba la fundación, como también varias señoras piadosas y ricas á la vez. Parecía que no había más que llegar y hacerla, pues todo estaba corriente, y, con todo, no se logró lo que humanamente parecía sencillo y cosa hecha.

Llegó á Cádiz á principios de Abril con su Secretaria la Hermana Rosario, que era natural de allí, y por tanto iba muy contenta: no así la Madre Sacramento, que llegó enferma con una fuerte jaqueca. Alojáronse en casa de la señora viuda de Armoni, hermana del Sr. D. Diego Carreras, uno de los que más apoyaban la fundación. Allí estuvieron obsequiadísimas. Se levantaban á las cinco, y hacían su oración y puntos de meditación como en el Colegio: iban luego á San Antonio, que está frente á la casa, y allí oían misa, comulgaban y daban gracias. A las nueve iba por ellas el coche para llevarlas á las Cuarenta Horas. A las diez el almuerzo, que duraba cerca de una hora, quedando luego poco tiempo para despachar el correo. Comenzaban luego las visitas y tratos de la fundación: todo se volvía planes, proyectos, ofertas y consultas, pero nada positivo. A las cinco gran comida de etiqueta, que con el café duraba dos horas; durante las cuales solía



hablarse también de la fundación. A las siete comenzaban las Flores de Mayo, con piano, y mucho canto y concurrencia; y á la hora del té y la tertulia se retiraba Madre Sacramento con su compañera á descansar.

Contrasta, por cierto, esta descripción de la vida aristocrática con la que hacía la Madre Sacramento del cuarto del P. Félix, tan capuchino de Obispo como de fraile: una salita con dos alcobas, una mesa de pino, seis sillas de junco y un cofre. El contraste era fuerte. Ni el Obispo, ni las señoras y caballeros, ni los sacerdotes que habían promovido la fundación, adelantaron nada; y después de mucho hablar y proyectar, volvió la Madre Sacramento como había venido y sin adelantar nada, aunque quedaba el proyecto de hacer una cosa en grande. Pasó por Jerez donde también había proyecto de fundar, y el 14 de Mayo llegó á Sevilla, donde también lo había.

De regreso á Madrid apenas tuvo tiempo para descansar. El día 28 del mismo mes de Mayo salió para Burgos cuya casa estaba ya completamente terminada y arreglada. Detúvose pocos días en Avila, donde también se proyectaba fundación, y llegó á Burgos el día 4 de Junio.

En Burgos se hospedaron entonces en el palacio del generoso señor Cardenal y Arzobispo Puente, que murió poco tiempo después.

En carta de 13 de Junio decía la Fundadora á la Hermana Corazón de María, mandando que vinieran



las designadas para formar la quinta Comunidad: «Que no traigan más que lo puesto, pues tienen aquí peines, pañuelos, camisas, tijeras, costureros, enaguas, y en fin, todo. Libros de la casa cada una el suyo, y de los míos «*Visitas al Santísimo*» y no más.»

El sobre de la carta:—«A la Señora Vice-presidenta de las Desamparadas, calle de Atocha, 74, Madrid.»

Resulta, pues, que la quinta fundación, que fué la de Burgos, no tuvo los contratiempos, dificultades, escaseces y disgustos que tuvieron las anteriores en las tres capitales de la Corona de Aragón, Zaragoza, Valencia y Barcelona. Quedó por Superiora de la casa la Hermana Rosario, la cual trabajó mucho para que se hiciera la instalación el día 16 de Julio, por ser fiesta de la Virgen del Carmen.

Pero á esta satisfacción acompañaba un grave disgusto, pues tal es la condición de las cosas humanas. Su querida Caridad estaba peor en Barcelona, y deseaba con verdaderas ansias verla y consolarla. ¡Qué cosa más natural! ¡Era su hija predilecta, la compañera de la época más angustiosa de su vida! ¡Le había costado mucho trabajo convencerla, cuando lo de Madrid *era nada*, según su fuerte, pero exacta expresión! ¡Y ahora, cuando ya el Instituto *era algo*, aprobado por la Iglesia, y con cinco casas, se moría, y lejos, y sin verla, sin despedirse de ella! El sentimiento era natural; pero Dios, autor y





LA SEÑORITA DE BALLESTEROS, EN EL CLAUSTRO  
M<sup>TE</sup>. CARIDAD.





director de la naturaleza y dador de la gracia, no quiere que sus siervos se rindan ni aún á los afectos más lícitos, aún á las expansiones más puras de la naturaleza, y no quiso concederle volver á ver á su querida Caridad, abrazarla por última vez y recoger su prostrar suspiro.

Dejando terminada apenas la organización de la casa, hubo de salir de Burgos para Madrid, donde llegó el 30 de Julio sin detenerse. Tampoco pensaba estar en Madrid más que dos horas. A poco de llegar llamaron á Hermana Corazón de María para que recibiese un parte telegráfico: ésta procuró dominarse. A pesar de eso la Fundadora conoció lo que era, y preguntó angustiada á la Hermana Corazón de María: —¿Ha muerto? Como ésta no podía mentir, calló: en su dolor y silencio conoció la respuesta. Afectóse tanto la Madre Sacramento con aquel silencio, que hubo necesidad de acostarla: al otro día se levantó á duras penas para oír misa y comulgar; mas no pudo asistir al funeral, que vino á hacer el señor Obispo Serra en la capilla del Colegio.

Sin reponerse marchó al día siguiente, 1.º de Agosto, para Avila, en compañía de la Hermana Milagro, hospedándose en el palacio del Sr. Obispo D. Fr. Fernando Blanco, religioso dominico, que la apreciaba mucho, como el Sr. Arzobispo de Zaragoza. De allí salió para Burgos con la Hermana Corazón de María, á la cual había hecho venir de Madrid. En el camino estuvieron en grave riesgo

por un choque de trenes, y aunque todos se asustaron Madre Sacramento estuvo impávida.

En Burgos tuvo que pasar muchos y graves disgustos: los que no había habido antes vinieron después. Por director de la casa dejó al P. Sureda de la Compañía de Jesús.

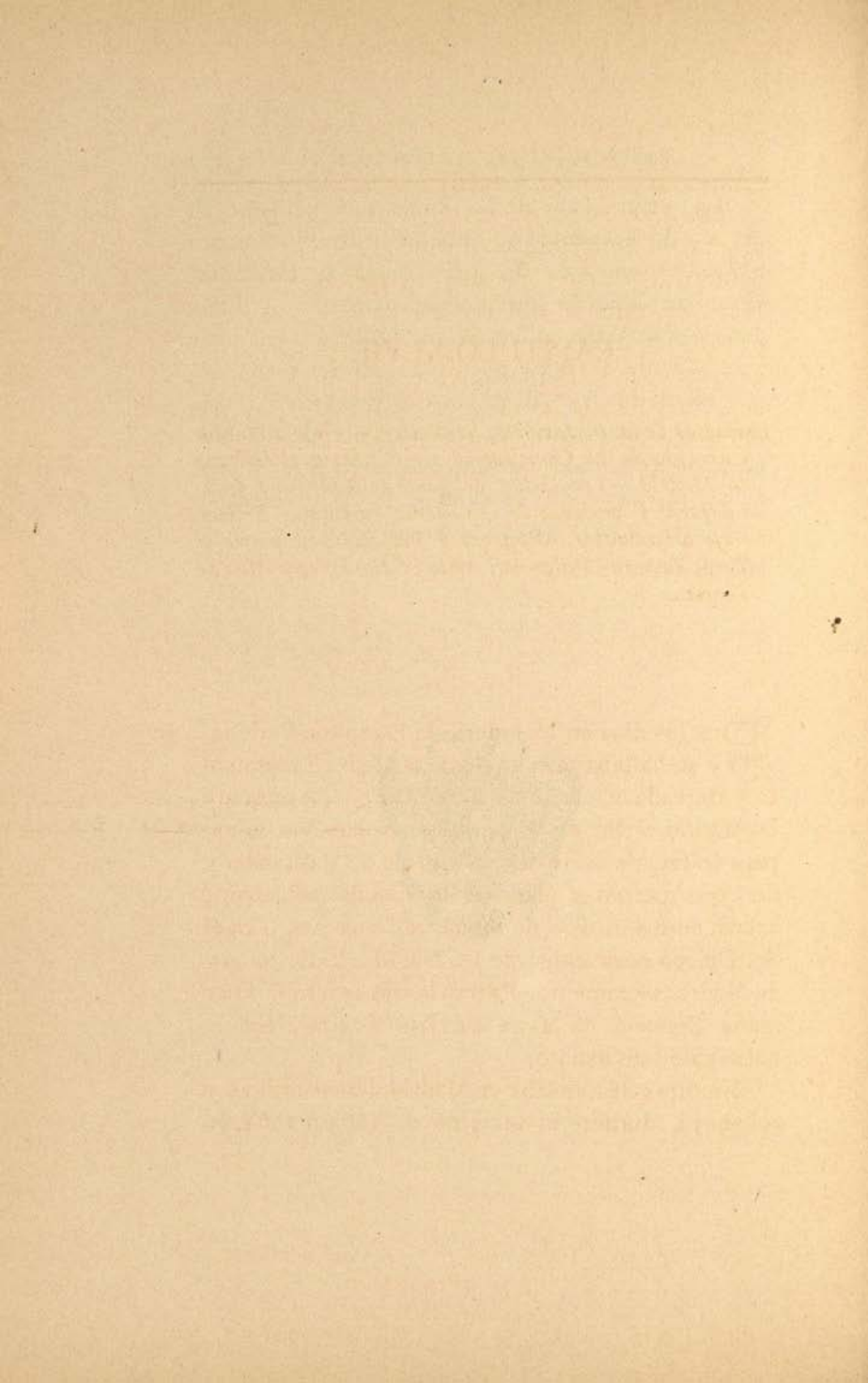
El día 13 salió para Cestona: llegó á Vergara á las ocho de la noche: allí las esperaba el Sr. Bengoa, y al día siguiente, después de haber comulgado en la iglesia de las monjas de la Esperanza, salieron para Loyola. Allí encontró una porción de aquellos Padres graves de la Compañía, sus amigos y favorecedores, que tanta reputación merecían por entonces como directores espirituales; los Padres Gil, La Barta, Cortés, Jáuregui y Delgado. Después de confesar con el P. La Barta subió á comulgar á la Capilla de San Ignacio. Dióle la Comunión su amigo el Sr. Canónigo Yurre, que tanto le había favorecido en Madrid, y aun en Burgos. Estaba haciendo allí ejercicios aquel Sr. Canónigo, y quedó no poco sorprendido al verla acercarse á comulgar.

Al llegar á Cestona renováronse el dolor de la muerte de su querida Caridad, y el recuerdo de su grata compañía en el año anterior, cuando la había traído allí, aunque enferma. «Mucho he sufrido, decía en una de sus cartas, por el camino, y aquí en donde estaba Caridad, tan contenta de estar conmigo, y yo de cuidarla con toda mi alma.»

La terminación de los baños fué infausta. El día 15 de Setiembre se inundó el establecimiento balneario, después de una horrorosa tormenta. Hubo de salir de allí precipitadamente. A duras penas pudo hallar un coche que la llevó á Elgóibar en compañía de Bernarda, y de un Sr. Canónigo de Valladolid. De allí regresó á Burgos. Todavía allí le esperaba otro disgusto, pues una de sus más queridas religiosas y acompañante suya en alguna de sus expediciones, se salió de la Comunidad por no haberle dejado hacer los votos cuándo y cómo ella quería.







---

## CAPÍTULO XLVII.

*Preludios de la fundación de Santander.—Viaje á Murcia y arreglo de las Constituciones.—El tifus en el Colegio de Madrid.—Traslación de parte del Colegio á Guadalupe, y arriendo de una huerta en Pinto.—Primer viaje á Santander.—Regreso á Valladolid y viajes á Toro, Zamora, Palencia, Avila, Salamanca y Alba de Tormes.*

**P**OR los días en que murió la Hermana Caridad, y se hallaba más angustiada Madre Sacramento y atareada con la fundación de Burgos, se presentó en Madrid el Sr. de Mazarrasa con sus dos hijas, para tratar, de parte del Sr. Obispo de Santander y de otras personas piadosas de aquella población, acerca de los medios de fundar allí una casa. Era el Sr. Obispo muy amigo de D. Nicolás Ballesteros y de Madre Sacramento. Enterada del asunto la Hermana Corazón de María escribió á ésta dándole noticia de este asunto.

Mientras descansaba en Madrid de sus fatigas y achaques, durante el invierno de 1863 á 1864, le

preocuparon dos cosas; arreglar su testamento, y revisar las Constituciones para presentarlas á la Santa Sede con las reformas y modificaciones que la experiencia le había enseñado en aquellos años. No era lo mismo un Colegio con maestras asalariadas y algunas piadosas señoritas, auxiliares voluntarias, que una Comunidad religiosa y con votos; ni era lo mismo la dirección de una casa que la de cinco en puntos distantes, más otras cinco que se pedían y proyectaban en Ávila, Valladolid, Salamanca, Santander y Vitoria. El testamento lo concluyó y firmó al entrar la primavera del año 1864, el Viernes de Dolores 18 de Marzo.

En seguida marchó á Murcia, donde la llamaba el Sr. Obispo, llevando consigo á las Hermanas Corazón de María y Misericordia. Allí pasaron la Semana Santa con gran recogimiento, y luego estuvieron algunos días en el desierto de Santa Catalina y la Fuensanta.

Durante aquella temporada de retiro, hizo el Reglamento interior, poniendo ella los borradores y haciéndolos copiar de buena letra á las dos Hermanas, y consultando con el Sr. Landeira las reformas y adiciones que proyectaba, pues con ese objeto principal había ido á Murcia.

Estando en esto, avisaron que en la Comunidad y casa de Madrid se había desarrollado el tifus, y que había varias enfermas graves, y entre ellas la Hermana Rosa de Jesús. Era ésta muy devota de



San Luis Gonzaga y pedía por favor el morir joven, como él, y así lo consiguió.

Al día siguiente de llegar á Madrid la Madre Sacramento, viendo el mal estado de la casa, fué á pedir á su cuñada, la condesa de la Vega del Pozo, le permitiese enviar parte del Colegio á su palacio de Guadalajara. Llevó allí veintiuna entre religiosas y colegialas, y dió las mejores cantoras. Dejó al frente de ellas á Corazón de María, y ella se volvió al punto á Madrid á cuidar de las enfermas.

Como el palacio tiene por suya la iglesia de San Sebastián, con culto público y capellán, y la iglesia es de tres naves y bastante capaz, y además había llevado Madre Sacramento otro sacerdote de Director de la improvisada Comunidad, se llenaba la iglesia siempre que había función y canto.

Con este motivo pensó en adquirir alguna casa de campo, para establecer en ella una sucursal de Madrid para las enfermizas y convalecientes, que necesitasen restablecer su salud. Una señora le había ofrecido una casa en Pinto: fueron á verla Madre Sacramento y Corazón de María, á quien había hecho venir de Guadalajara, y les gustó á las dos y á D. Juan Quiroga, que las acompañaba con Bernarda, y acordaron comprarla, conviniendo en el precio con la señora, que estuvo muy fina.

No bien cerrado el trato, hubo de marchar á Santander donde se hospedó en casa de los señores de Rodil, con el beneplácito del Sr. Obispo. Tratóse

de adquisición de casa y se hizo una gran lista de suscripción. Todo prometía una fundación fácil y pronta, pero luego no fué así.

Al regreso acompañó el Sr. Obispo á la Fundadora hasta Bárcena, donde se detuvieron y pernoctaron, y al día siguiente le dijo Misa y dió la Comunion.

En el regreso de aquel viaje, y por el mes de Mayo, debió ser cuando vió en la iglesia de Jesuitas de Valladolid un cuadro de San Norberto, según ella refiere en sus apuntes (1). «Había, dice, un cuadro de San Norberto, fundador de los Premostratenses, que tenía un judío á sus piés, que figuraba llevarse escondido un copón, lleno de Sagradas Formas. El Santo le sorprendió, y estaba el copón en el suelo y las Sagradas Formas esparcidas por él. Al ver aquello fué tal la pena y turbación que sentí, y se me imprimieron con tal fuerza en el corazón, que las hubiera borrado del cuadro con un torrente de lágrimas.»

A Valladolid llegó enferma con una fuerte jaqueca, hospedándose en casa del Sr. Nava, donde la recibían siempre con gran cariño y regocijo. Antes

---

(1) La Cronología de estos viajes, en la primavera y verano de 1864, está algo oscura en los apuntes, que se han podido reunir á duras penas, con las idas y venidas á Santander y las provincias de Avila, Palencia, Salamanca y Zamora.



de acostarse, y haciendo un esfuerzo sobre su quebrantada naturaleza, logró oír misa y comulgar. Al día siguiente salió para Toro acompañada del Rector del Colegio de Escoceses, sacerdote virtuoso á quien apreciaba mucho. Alojóse en Toro en casa de las Religiosas del Amor de Dios, y, como no tenían el Santísimo en la capilla, hubo de pasar, para comulgar y hacer sus rezos y oraciones, á la iglesia de las Premostratenses, donde también le hizo mucho efecto ver otro cuadro de San Norberto, que le recordó el que había visto en Valladolid.

En Zamora estaban ya acostados cuando llegaron; pero como el señor Obispo la esperaba, al oír llamar hizo que se levantase la familia, y él mismo no volvió á acostarse hasta dejar instalados en sus habitaciones á Madre Sacramento y los que la acompañaban. En Zamora se detuvo cinco días, siendo muy obsequiada por el señor Obispo Conde y Corral, que de tiempos anteriores la conocía, y de varios capitulares y personajes de aquella población.

De Zamora hubo de marchar á Burgos, á fines de Mayo, y allí estuvo hasta principios del mes de Junio, en que regresó á Madrid. Sin descansar apenas, tuvo que desandar el camino para hacer otra excursión á Zamora y Salamanca, á fin de cumplir un encargo que le hizo la Reina de visitar á Santa Teresa de Jesús á nombre suyo.

De Avila salió en compañía del Sr. D. Tomás



Belestá, Canónigo Penitenciario de la Catedral de Salamanca y del P. Gómez, Provincial de los Jesuitas. De aquel viaje no dejó apenas noticia ninguna la Fundadora en sus apuntes, sino solamente en lo que se refiere á Salamanca y su regreso de allí; pero afortunadamente las da el dicho Sr. Belestá, actual Obispo de Zamora, en una carta interesantísima, y en forma de certificado y como Prelado, la cual ofrece por tanto la mayor seguridad y respeto, y merece ser conocida, pues aunque se ve en ella algo de extraordinario, no se falta á lo prescrito por el Concilio de Trento (1).

Dice así: «El que suscribe, Obispo de Zamora, trató á dicha Señora con bastante confianza, y la acompañó en los viajes de Ávila á Medina del Campo y desde este punto á Toro, Zamora y después á Salamanca... Durante estos viajes observé *cosas maravillosas* en dicha Señora: entre otras fué la primera, que, al salir del Palacio Episcopal en Ávila, que lo habitaba entonces Fr. Fernando Blanco, de feliz memoria, para tomar el tren que salía para Medina, al llegar á la estación la Madre Sacramento, D. Felipe Gómez, que fué después Provincial de

---

(1) Que no se publiquen milagros sin examen y aprobación del Obispo: aquí es un Obispo el que certifica y depone. Quizá no todos hallarán en el relato cosa sobrenatural, sino antes un caso sencillo y de pura casualidad.

Padres Jesuitas (1), y un servidor, creimos no poder marchar en el tren por haber dado la orden de salida: sin embargo, el jefe encargado del movimiento, por un favor especial, nos permitió entrásemos en un coche de primera, pero sin equipajes, por no haber tenido tiempo de facturarlos, dejándolos en la misma estación. Pero el equipaje de más importancia era el mío, que consistía en un baúl, que contenía valores por la cantidad de 300.000 reales, quedando al cuidado de él el portero del Instituto Provincial de aquella ciudad, que había sido el portador, y al mismo tiempo había ido á despedirnos; mas viendo la imposibilidad de traerlo conmigo le encargué de un modo muy especial que lo remitiese al día siguiente á Zamora, en gran velocidad. Durante el camino me asaltaron temores de que pudieran ser robados aquellos intereses: muchas veces me quedé pensativo y algun tanto triste, porque se trataba de valores que los había recibido en calidad de depósito. La Madre Sacramento, al verme en ese estado, me preguntó la causa de mi tristeza, y se la signifiqué, mas entonces esta Señora, después de meditar breves momentos, me dió completa seguridad que recibiría en Zamora el baúl con los intereses, como en efecto sucedió á los tres días después de nuestra llegada.»

»Segunda cosa. Durante el camino de Avila á

---

(1) Por entónces Rector del Seminario de Salamanca á cargo de los Padres de la Compañía.



Medina, manifestó el P. Gómez á la referida Señora, que tendríamos necesidad de quedarnos en Medina, en atención á que, cuando llegáramos á esta población, no encontraríamos el tren ordinario para Zamora, porque debía salir dos horas antes de nuestra llegada, según marcaba la *Guía de Ferro-carriles*, y en su consecuencia, no podríamos pernoctar en Toro, como dicha Madre Sacramento deseaba, para evacuar cuanto antes una comisión que le confiara mi dignísimo antecesor el Sr. Conde y Corral (q. e. p. d.). La Madre Sacramento, por toda contestación, dice que no hay más remedio que ir en aquella misma noche á Toro, y que el viaje se haría en el tren. Entonces nosotros con la *Guía* en la mano le hicimos notar la imposibilidad de su aserto: vuelve á repetir lo mismo y nos da completa seguridad que llegaríamos al punto. Creimos que era una temeridad de dicha Señora. ¡Cosa sorprendente! Al llegar á Medina nos encontramos con que iba á salir el tren ordinario, el que no había podido salir á la hora competente por haber descarrilado. Todos nos quedamos sorprendidos al ver que se cumplía lo que anteriormente había asegurado de llegar á Toro en aquella misma noche.»

De Zamora marchó á Salamanca cinco días después, acompañada del Secretario del Obispo y del Sr. Belestá. En Salamanca se hospedó en casa del Sr. D. Vicente Cedrón, sobrino del difunto señor Obispo Varela, que por muchos años lo fué



de Salamanca en tiempo de Fernando VII. El señor Obispo Rodrigo y Yusto, que lo era entonces, se hallaba ausente en santa Visita. En Salamanca fué muy obsequiada hasta por el Gobernador civil, durante el día y medio que estuvo allí.

De Salamanca pasó á Alba de Tormes en compañía del Sr. Cedrón, y se hospedó en casa del cuñado de éste D. Gaspar Escudero. Allí solamente se detuvo un día, y estuvo largo rato postrada ante las reliquias de Santa Teresa, y en cumplimiento del encargo que le había confiado la Reina. Ella misma expresa en sus apuntaciones, que sintió allí gran devoción y consuelos interiores.

El día 19 de Junio salió de allí para Salamanca, y desde aquella ciudad á Medina con mucha incomodidad. En Medina pudo oír misa, á pesar de haber llegado á las tres de la mañana, y de la oposición del mayoral de la diligencia, pues lograron acertar con la casa del sacristán, y éste abrió la iglesia, diciendo la misa y dando la Comunión el Secretario del Obispo de Zamora, que luego acompañó á Madre Sacramento hasta Palencia, dejando á ésta hospedada en el palacio del Obispo de aquella ciudad el Sr. Lozano, que lo es todavía.

Aquella tarde visitaron con el señor Obispo á las Carmelitas Descalzas, y, á petición de éstas, concedió que al regreso pudiera pasar un día dentro de la clausura. Al día siguiente marchó á Santander, donde llegó el día 21 por la tarde, habiendo

sido recibida allí por las Superiores del Hospital y la Misericordia, y por varios señores Prebendados y algunos seglares, que las acompañaron al Hospital, donde las Hermanas de la Caridad les tenían preparada habitación.

Un mes estuvo en Santander luchando con la cuestión del arriendo de la casa, durante el cual tuvo mucho que sufrir por las veleidades de unos y exigencias de otros. Lo que en el primer viaje todo eran facilidades y promesas halagüeñas, en este segundo se volvieron tropiezos y dificultades, tanto que estuvo ya para desistir de la fundación y volverse á Madrid. Tuvo que ir inútilmente á Torrelavega á seguir los tratos con un sujeto que estaba allí, y después de varias incomodidades y fatigas, pues tenía el pié muy hinchado y apenas podía andar, hubo de volverse á Santander sin adelantar nada. A vueltas de las dificultades, tropiezos y retraimientos, comenzaban las calumnias de unos, las burlas de otros y las hablillas de que la fundación sólo era un pretexto para coger dinero. Llegaron las cosas á tal extremo, que en una de las tertulias principales de Santander, escandalizado el marqués de Monte-Castro, que conocía á la Vizcondesa desde cuando estudiaba él en Guadalajara, hubo de volver por su honor.

A duras penas logró firmar la escritura, el día 19 de Julio, y como esto era lo que más le detenía, y hacía falta en otras partes, salió de Santander al



día siguiente, dejando á la Superiora de las Hermanas de la Caridad el encargo de varias compras de muebles, ropas y utensilios.

En Palencia, donde se hospedó en casa de la señora de Morás, encargó á ésta la adquisición de mantas. El Sr. Obispo le permitió pasar un día en el convento de Carmelitas Descalzas, que lo deseaban mucho, según queda dicho, y siguieron todos los oficios de Comunidad. La Priora tuvo la humilde galantería de prestarle obediencia. Pasaron un día delicioso, y eso que la Madre Sacramento apenas podía moverse con su pié hinchado y dolorido; mas el Señor quiso aliviarla por la tarde, de modo que, en lugar de recargarse, pudo volver por su pié desde el convento á la casa, por fuera de la población, á pesar de la gran distancia.

En las pocas horas que se detuvo en Palencia le habló el Cura de la Catedral acerca de una joven que vivía mal, y con escándalo, hacía algunos años, y deseaba salir de aquel mal estado. Habló con ella la Madre Sacramento por algún rato y, aprovechando la ocasión de no estar su cómplice en Palencia, la envió al Colegio de Madrid, á donde llegó también ella á principios de Agosto.

El 21 del mismo mes llegó de Murcia la Hermana Corazón de María, á la cual encargó del arreglo de la casa de Pinto, que no pudo inaugurarse hasta dos meses después.





---

## CAPÍTULO XLVIII.

*Rápido viaje de visita en el mes de Setiembre.—Retiro y ejercicios espirituales en Burjasot.— Instalación de la casa de Pinto.*

**D**ESPUÉS de tantos viajes en los ocho primeros meses del año 1864, todavía le faltaban no pocos en los cuatro últimos. Enferma de frecuentes jaquecas, hijas en gran parte de sus maceraciones, y con un pié monstruosamente hinchado, con todo eso no faltaban personas, y por desgracia de importancia y jerarquía, que la calificaran de *corretona* y de maniática, empeñada en sostener y propagar una cosa imposible é insostenible, y que sólo duraría lo que durase su vida. No es de extrañar, pues lo mismo se dijo de Santa Teresa (1).

---

(1) Un Prelado extranjero, prevenido contra la Santa por sus émulos, la calificó de *femina inquieta y andarriega*.

Sin descansar apenas, ni lograr alivio en la inflamación, tuvo que marchar á Zaragoza y Barcelona, para asuntos muy urgentes, volviendo á los pocos días á Zaragoza. De allí marchó en carruaje á Teruel, donde solamente se detuvo cuatro horas en casa de Doña Dolores Escriche, no sin que la visitara y tratara con mucha finura el Obispo de aquella diócesis D. Francisco Jiménez, Magistral que había sido en Salamanca. Urgíale llegar á Valencia para comenzar sus ejercicios. Así que en Segorbe solamente se detuvo una noche, y allí oyó misa y comulgó, marchando en seguida á Valencia, donde llegó el día 18 de Setiembre muy fatigada.

Aquel mismo día escribía desde Valencia, á grandes rasgos, su rápido viaje en la primera mitad de aquel mes. «En Barcelona bien: Manuela corre con la casa. En Zaragoza bien: salió una y fué un gozo allí y para mí.»

Por la tarde se trasladó á Burjasot, para hacer allí sus ejercicios y retiro espiritual, bajo la dirección del P. Jáuregui, á quien tanto debía, y apreciaba, y del Sr. Monzón, Arzobispo de Granada.

Aquellos ejercicios fueron para ella muy provechosos: hasta el sitio donde los hizo no podía ser más á propósito. Los afectos que sintió dejó escritos en unos apuntes, muy notables por varios conceptos. «Los Santos Protectores para los diez días, dice, son, además del Santísimo Sacramento y la Dolorosa, los Santos que vivieron en estas cuatro



piezas, el Beato Rivera, San Luis Beltrán, el Beato Factor, Gaspar Bono, Fr. Francisco del Niño Jesús y San Vicente Ferrer, que se les apareció, y pasó un día con ellos en forma de un religiosito de su Orden. Tiene el palacio un gran carrascal en donde paseaban los Santos, y todo está como ellos lo tenían. Es un placer este desierto.»

«En los techos de las cuatro (habitaciones) donde hago mi retiro, hay unas armas que son las del Beato Juan de Rivera, y es el del Sacramento, con los corazones en los lados que arrojan fuego, y un letrero, ó lema, que se cree fueron las palabras, que el Señor le dijo, estando Expuesto, pues le adoraba por ser muy devoto de su Majestad.»

Al sexto día se marchó el Sr. Monzón, el cual en ellos le había hecho algunas pláticas, aunque el Director era el P. Jáuregui, que continuó dándolas en los siguientes días de retiro: en el último le dijo misa y le dió la Comunion el mismo Padre regresando ella á Valencia por la tarde.

Con fecha 4 de Octubre escribía desde allí: «El seis Misericordia y yo vamos á Segorbe,... el siete en la Cueva, el ocho aquí, y el nueve por la noche, ó el diez, en Pinto.»

Ya tenía este proyecto desde el mes anterior al marchar á Barcelona, adelantando aun más, pues desde allí decía: «Del ocho al diez en Pinto para traer la gente: el 17 salgo para Santander y el 21 allí. Para año nuevo en Búrgos, y después á esa.»

Así se verificó en lo que restaba de año, pues el diez llegó á Pinto de donde marchó á Madrid al día siguiente, para arreglar la traslación.

El día 16 de Octubre volvió á Pinto la Madre Sacramento con casi todas las Filomenas; y el Sr. Monzón, Arzobispo de Granada, y otras varias personas convidadas. Allí esperaba la Hermana Corazón, que había quedado arreglando la casa. Le bendijo la Capilla, dijo la misa y dió la Comunión el Sr. Arzobispo, hizo los primeros votos una hermana y otra tomó el habito. La Madre Sacramento se torció un pié en la huerta, y tuvo que echarse en la cama hasta las cuatro de la tarde á cuya hora regresaron á Madrid.



---

## CAPITULO XLIX.

*Tercer viaje á Santander y fundación de aquella casa.—  
las torpezas de un escribiente enamorado.—Obras á paso  
de tortuga.—La políticomanía á caza de monjas.—Tras-  
lación á la casa con grandes apuros : queda ésta insta-  
lada el día de San José de 1865.*

**E**L día 18 de Octubre salió por la mañana de Ma-  
drid para Santander. Llegó á Ávila en cuya  
estación la estaban esperando el Provisor y familia-  
res del señor Obispo D. Fr. Fernando Blanco, que  
estaba enfermo, y la recibió con la finísima volun-  
tad que siempre le había demostrado. Al saber el es-  
tado en que iba con la pierna monstruosamente infla-  
mada hasta la rodilla, se opusieron, tanto el señor  
Obispo como su hermano D. Luis, á que saliera de  
Ávila al día siguiente. En vano alegó que debía es-  
tar en Valladolid el día de San Rafael, y detenerse  
en Valladolid para tratar de la compra de casa, pues  
le hicieron detenerse allí cinco días : durante dos de  
ellos no pudo salir de casa.

Llevaba en su compañía, además de la secretaria,



un escribiente, que había tomado para la oficina de la casa de Madrid, por empeño de las religiosas, á fin de que corriese con facturar el equipaje y demás cosas más propias de un hombre. Madre Sacramento le había aceptado con alguna repugnancia: le daba el corazón que le había de causar muchos sinsabores. En Ávila estaba tan caviloso y preocupado que todo lo equivocaba, sobre tardar mucho: temió tuviera trampas, ó estuviera metido en cosas de política. Luego se supo que estaba enamorado de una manera inverosímil y absurda. De acuerdo con el señor Obispo le hizo regresar á Madrid: si no se hubiera acordado más de él le hubiera traído mucha cuenta.

A Valladolid llegó el 25 con su Secretaria: allí las esperaban el Rector de Escoceses y los Sres. de Nava, á cuya casa fué á parar como otras veces, y con la noticia que tuvo de que en Santander estaba todo muy retrasado se detuvo algunos días á fin de tratar de la fundación y compra de casa para ella en Valladolid, y ponerse de acuerdo sobre aquélla con el señor Arzobispo D. Juan Ignacio Moreno, que la deseaba, y estuvo también muy fino con la Fundadora.

Por fin, el día 8 de Noviembre, llegó Madre Sacramento á Santander con su compañera Catalina de Cristo. Las esperaban allí el Sr. Iglesias y don Pascasio San Pedro, los cuales las acompañaron al hospital donde las recibieron las Hermanas de la

Caridad muy cariñosas y contentas. Halló todo en muy mal estado; la obra de la casa atrasada, y la gente, que tanto le había ofrecido en un principio, retraída por completo, y en la idea de que la fundación no se haría, ni era posible. Apenas fué á verlas nadie más que los dichos, y los Sres. de Rodil y D. Prudencio Cavada, el cual iba á decirles misa. Con mucho trabajo, por la inflamación de la rodilla, fué á ver la obra, y halló que todo andaba atrasado y mal. El encargado de los trabajos era de esos hombres que, en vez de allanar dificultades, para todo hallan reparos, una de las plagas de España. Tiénesse aquí á veces por previsión lo que es torpeza, ó falta de inteligencia, ú holgazanería.

Para remediar esto y tener persona de confianza que vigilara los trabajos, se le ocurrió en mal hora á la Madre Sacramento enviar á llamar al escribiente, á quien había hecho volver á Madrid desde Ávila: fué peor el remedio que la enfermedad. Vino más caviloso y atontado que antes, y más preocupado con sus necios y no correspondidos amoríos. Se ha dicho que va poco de un amante á un demente (*amans amens*); pero en la clasificación abundan más los tontos que los locos, y las tonterías que hizo fueron tales, que comprometió á Madre Sacramento. Llegó á ser vigilado por la policía, y se figuraron que andaba en alguna conspiración. A las reconvenciones de Madre Sacramento respondió con insultos y amenazas, y por fuera comenzó á



calumniarla, y difamar la casa de Madrid, y aun más la de Pinto. Un día fué al hospital un agente de policía á preguntar con voces groseras é insolentes por la *llamada* Vizcondesa de Jorbalán y su representante. Las pobres Hermanas de la Caridad se alarmaron, temiéndose algún desmán ó atropello de parte del Gobierno Cívil. Viendo que para nada servía el tal escribiente, y que para mucho estorbaba, fué preciso despedirlo y pagarle el viaje para que regresara á Madrid.

Era tiempo de elecciones, las pasiones estaban exacerbadas, y no faltaron personas que se empeñaran en que Madre Sacramento se metiera en política por amor de Dios, y que influyera con los Sres. de Rodil y otros para que votaran á favor de determinadas candidaturas, á pesar de la prohibición del Prelado de dar á la contienda carácter religioso. Las cosas llegaron á tal extremo, que el día de las elecciones tuvieron que marcharse de Santander en un coche, y á un santuario inmediato, la Madre Sacramento, su Secretaria y la Superiora de las Hermanas de la Caridad, perseguida también por los agentes electorales; los cuales, al saberlo, aun querían ir á buscarlas y traerlas poco menos que á la fuerza.

Estos sucesos desagradables, y otros compromisos por el estilo, como también lo prolongado del hospedaje en el hospital, y la dificultad de ir todos los días á la obra, subiendo y bajando cuestras con la



pierna hinchada, hicieron que se resolviese á ir á la casa á pasar el día, viniendo solamente al hospital á dormir, arreglando ante todo la capilla; pero el señor Obispo se negó á permitir se pusiera el Santísimo en ella, por ser casa alquilada y que, terminado el arriendo, podría destinarse á otros usos.

El día 2 de Enero de 1865 se fué con la Secretaria á la nueva casa, tomando una criada anciana para los recados de fuera. La Madre Sacramento, como podía andar poco, se encargó de la cocina; la Secretaria del arreglo de la casa y limpieza: la lectura se hacía en la cocina, leyendo la Secretaria mientras Madre Sacramento guisaba y fregaba. Sólo el Sr. D. Juan iba allí algunos ratos á cuidar de la obra, compadecido de la pobreza y desamparo en que vivían, y enviaba una criada para que les ayudase. Cuando consideraba aquel aislamiento y abandono con la multitud de visitas, que tuvo en el primer viaje, ofertas y agasajos, no podía menos de sonreirse amargamente, y considerando la inestabilidad de las cosas humanas y lo tornadizo de ellas, volvía su corazón á Dios, único consuelo en tales casos, el cual nunca falta. Y para mayor dolor, el dichoso escribiente, que al salir de Santander le había pedido perdón por conducto del Sr. Rodil, á quien confesó sus locuras y mal comportamiento, al llegar á Madrid, y para disculpar sus extravíos y necedades, dijo contra la Fundadora todo cuanto se le antojó, y los que le habían recomendado,

creyendo de ligero, y sin tener en cuenta que los juicios temerarios son pecado, le escribieron cartas llenas de amargas reconvenciones, y hasta de improperios insolentes. ¡Y después de fregar suelos y cacharros la ex-Vizcondesa tenía que contestar con humildad y dulzura á estas cartas, sin volver mal por mal, ni revelar la bajeza del calumniador, y la torpeza de los crédulos! Y lo bueno es que en una de las cartas, después de insultarla, le hacían un encargo para una casa de Santander, y la señora ofendida se apresuró á desempeñar el encargo, y en la contestación no puso ninguna disculpa.

Por una feliz casualidad había frente al Colegio una casita muy pequeña, que estaba desalquilada: arrendóla, pues aquél no tenía aún verja, ni puertas ni ventanas con cerraduras. Envió á llamar á la Superiora de Burgos, la Hermana Rosario de Jesús, cuya casa iba muy bien, y tenía vice-Superiora. Esta fué á Madrid, recogió allí dos coadjutoras, y se vino con ellas á Santander, instalándose ya las cinco en la casita, en forma de Comunidad.

El apuro grande era para la misa. El señor Obispo se empeñó en servirles él mismo de capellán, y durante diez y siete días tuvieron que ir á su palacio, donde él mismo les decía misa, y con gran cariño hacía les sirviesen el desayuno; pero había que ir con nieve, lluvias y lodos, y volver luego las cinco, cruzando gran parte de la población: además los vecinos de las casas inmediatas hubieran



deseado tener misa en la capilla del Colegio, á lo cual no accedía el Prelado.

Por fin , encomendó la fundación á San José, suplicándole la tomara bajo su protección , y que la pudiese inaugurar para el día de su festividad. El Conde de las Bárcenas gestionó con el dueño de la casa para que se pusiera la verja, que, según el trato, debía estar puesta desde el mes de Agosto. Un religioso capuchino que pintaba regularmente le dió á Madre Sacramento dos cuadros de los Sagrados Corazones y uno ovalado de San José con el Niño Jesús, mayor que los otros dos, y tan á propósito para la capilla, que ni hechos de encargo. Con esto, y con permitir el señor Obispo se dijera allí misa, pero sólo para la Comunidad, quedó terminada la fundación de Santander para el día de San José de 1865.







---

## CAPÍTULO L.

*Compra de casa en Valladolid.—Viajes á Valladolid, Burgos y Barcelona en la primavera de 1865.—Nuevos disgustos en Barcelona.*

**D**URANTE los apuros de la Fundación de Santander, le había preocupado no poco el asunto de la compra de casa en Valladolid. A su paso por allí había dejado casi ultimado el trato. Era aquélla del Marqués de Bedmar, con quien la Fundadora había convenido en la venta y también acerca de las condiciones, plazos y otras circunstancias, después de varias entrevistas y discusiones. No faltaba mas que revisar los documentos por los dos apoderados de la Vizcondesa y el Marqués, otorgar la escritura y hacer el pago del primer plazo; pero el apoderado del Marqués, que era un comerciante de Valladolid, sugirió á éste que el trato era desventajoso, que podía sacarse mucho más de la finca, y comenzó á suscitar los reparos y dificultades que se hallan

siempre cuando se quiere deshacer un trato que ya estaba hecho. Era esto precisamente en los primeros días de Diciembre, cuando se hallaba la Fundadora con más graves angustias en Santander, y con los disgustos con el escribiente, que ni aun para esto le sirvió. Afligióse con este nuevo contratiempo, y después de mucha oración y una noche de insomnio, no teniendo allí abogado con quien consultar, se resolvió á escribir ella misma y directamente al Marqués. Y fué lo notable, que la carta salió como si la hubiese escrito un letrado, con términos técnicos, que ni usaba ni casi entendía. Pero ¿dónde hay ningún abogado como Dios, cuando quiere inspirar á los que en Él confían?

El Marqués se dió por convencido, y el día 25 de Diciembre, por la noche, recibió Madre Sacramento una carta de éste muy atenta, manifestándole que había mandado á su administrador ultimase el asunto con D. Cirilo Bahía, apoderado de aquélla. En la Misa del gallo dió gracias á Dios por el favor recibido, y por la oportunidad con que llegaba la noticia en tan buena sazón.

Al mismo Sr. Bahía escribió que vendiese una finca en Madrid para pagar el primer plazo de la casa de Pinto, y que le remitiera 50.000 reales para compra de muebles, ropas y demás necesario en Santander, pues apenas le quedaba dinero, escaseaban las limosnas, y casi no podía contar con suscripciones.



Así que hubo terminado la fundación de Santander, que en muchas cosas se pareció á la de Santa Teresa en Burgos, por los muchos apuros que pasó asimismo en ella, hecha la fiesta á San José y la instalación de la Comunidad en el Colegio, salió de Santander para Valladolid, donde apenas se detuvo, pues el 27 ya estaba en Burgos. Con esta fecha escribía á la Superiora de Santander: «Mis queridas hijas: En Valladolid el frío, ó más bien el cambio tan distinto de climas, y que me costó algo separarme de hijas que tanto quiero, me fué sensible.»

«¡Qué bien está Corazón! Tuve mucho consuelo, pues está mucho mejor de lo que pensaba.»

«Aquí estaré lo preciso, y si en Vitoria dicen que hago falta iré en seguida y sinó en Madrid. Aunque no entren filomenas no importa; es mejor mientras no esté todo corriente, con puerta corriente, con verja pintada, y demás de huerta y lavaderos.»

«Que no se consienta á nadie, ni hermana, ni de fuera, hablar de nadie, porque el enemigo pone anteojos dobles y expedita la lengua para hacer perder la paz y unión, y es el prurito en Santander.»

De Vitoria no la llamaron; así que de Burgos regresó á Madrid, donde apenas se detuvo, pues el día 4 estaba ya en Zaragoza, camino de Barcelona, donde estaba la Hermana Espíritu Santo á la

cual escribió para que la esperase, con Corazón de María y Catalina de Cristo, que iba de secretaria. Era su plan pasar la Semana Santa en Monserrat, pero no pudo hacerlo, pues dos veces se frustró el viaje; siendo lo raro que una de las veces fué por haber salido el tren antes de la hora prefijada. Cosa tan rara le hizo pensar que Dios no quería saliese de Barcelona, y en efecto, estalló por aquellos días una jarana, que le hubiese producido inquietud en Monserrat, y también á la buena señora Doña Josefa Segarra, que las acompañaba, y había llevado las provisiones para estar allí.

Mas no le faltaron disgustos en Barcelona, pues el nuevo Sr. Obispo, que tanto había favorecido á Madre Sacramento, siendo Vicario capitular en Zaragoza, no miraba entonces lo mismo el Instituto, y estaba en la persuasión, como otros muchos, de que desaparecería, sobre todo de Barcelona y Zaragoza, así que faltaran la Vizcondesa ó las personas que la protegían.

La de Barcelona estaba instalada entonces en la calle de Puerta Ferrisa, número 15: la casa no costaba nada, pero sobre ser reducida y dominada, era escasa de luces y ventilación. A pesar de eso la Comunidad marchaba bien, y con mucha paz. Vió y trató de comprar dos torres, ó casas de campo, fuera de Barcelona, pero no llenaban sus deseos.

Como estaba escribiendo entonces la memoria que pensaba llevar á Su Santidad al año siguiente,

para poder escribir con tranquilidad y sin interrupciones, se iba por la mañana á casa de su buena amiga Doña Leocadia Zamora.

Su conato de ir á Roma y ver á Su Santidad era para darle esta prueba de veneración y fidelidad, por lo que aquél había dicho al Sr. Puente, y estar allí á las órdenes de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares cuando se tratara de la aprobación definitiva del Instituto y sus constituciones, á fin de responder á lo que se le preguntase. Dios no aceptó su respetuoso deseo, pero probablemente hizo más desde el cielo para lograr su aprobación. Una de las cosas que más le preocupaban en éstas era el suprimir las elecciones como cosa expuesta á mover pasiones y rencillas, y que siempre ha solido ser ocasión de disturbios aun en comunidades austeras.







---

## CAPITULO LI.

*Viaje precipitado é inútil para la fundación de Vitoria.—  
Su retrato por orden de la Reina.—Circunstancias críti-  
cas, y tristes presentimientos.*

«**E**STABA en Barcelona, dice, cuando recibí un parte telégrafico, el día 2 de Mayo á la una y media de la tarde, avisándome para que no dejase de estar en Vitoria el día 4, sin falta, pues me esperaban para tratar de la fundación, y en ese día se reunían las Juntas provinciales, en las que se había de tratar acerca de ese asunto. Salí, pues, para Zaragoza al día siguiente, y pasamos todo el día en el camino; hicimos noche en Zaragoza, y descansamos en el Colegio, saliendo por la mañana muy temprano, y llegamos á Vitoria á las dos de la tarde. Nos esperaban D. Juan Ibarra, su esposa Doña Modesta y otra señora que no conocía, y nos llevaron á su casa: era esta familia de amigos antiguos, personas virtuosas y respetables, muy principales en la población y bien acomodados.»

«La misma tarde vino á visitarme la Presidenta de la Conferencia de San Vicente de Paul, Doña Casimira Ugarte, á quien no conocía más que por escrito, pues dicha señora era la que me había escrito varias veces sobre fundación, diciéndome siempre qué era lo que tenía que hacer para lograrla allí; á lo que le había contestado que era necesario la quisieran el Prelado y las Autoridades. Del Prelado ya sabía yo, pues cuando traté de las Juntas de Vizcaya, que yo creía eran las mismas que las de Vitoria, ya dejé hecho un contrato en el que me ofrecieron un gran local en San Sebastián, que entonces estaba ocupado, y pensaban trasladar á otra parte, pero no podían entonces. Además, para montar la casa 40.000 reales y 12.000 anuales, todo de limosna. Entonces el Obispo me dijo que le parecía muy bien, pero que le gustaría más que se hiciera en Vitoria, que es donde él está y también el Cabildo. Como me dijo entonces esto, por eso creía yo que estaba la provincia de Vizcaya unida con la de Alava y que eran las mismas Juntas...»

«Esta señora, con grande celo y buen deseo, hizo una solicitud, que firmaron todas las señoras de la Conferencia, á la Diputación, haciendo presente la gran necesidad que había de un establecimiento de esta clase. Les contestaron sobre esto, y bien, y que ya se trataría de ello en las Juntas de Mayo.»



De lo que sigue explicando la Madre Sacramento resulta que ni las señoras expresaron el nombre de ella ni del Instituto, ni la Fundadora conocía la organización administrativa y legislación especial del país; así que el asunto se embrolló, y reunida la Diputación nada se pudo lograr.

Con fecha del día 5 escribía: «Mis queridas hijas: Llegamos bien rendidas por el excesivo calor. Yo con dolor de cabeza y sin dormir: mudamos de tren tres veces. (En las estaciones de Casetas, Castejón y Miranda de Ebro).»

«Anoche quedó deshecho esto de los pasos de la fundación. A las diez y media se retiró el Alcalde de cuestionar, y se quedó en que no era posible la fundación. Hoy, después de misa, una señora dijo que deshecha nó, y dan pasos. La casa es un palacio, que voy á ver, y lo da su dueño casi por nada. No hay tiempo para cuestionar; menos lo tendré para escribir. Las ama á las dos su Madre Sacramento.»

A pesar de eso y de los buenos deseos de las señoras y de otras personas piadosas, nada se hizo entonces, ni durante el verano en cuya época se volvió á tratar del asunto. Entretanto le preocupaba no poco la fundación de Valencia, donde había varias enfermas y no pocos disgustos, y, ya que no podía ir allí, menudeaba sus cartas.

A poco de haber llegado á Vitoria escribía á la Superiora, Juana de Dios: «Díme qué clase de

gente te hace falta, pues no quiero trabajos tanto, y quisiera por mi parte poderte aliviar de todas maneras.»

Pasa luego á darle minuciosas advertencias para aliviarla de trabajo y de trabajos, como si estuviera presente y viera lo que allí pasaba. Y, con todo, ella sufría mucho, y pocos días después (15 de Mayo) se desahogaba con ella diciendo: «Nada me ocurre, pero tengo honda pena, y no me distrae nada. He sufrido mucho, hija mía, y en silencio (1), y esta es la causa que me quita la gana de escribir. Cuidaros mucho y amad á Dios, y sed felices de sufrir por amor de Dios, como yo hago: no hemos de escapar ya de trabajos en este mundo tan ingrato.»

Con fecha 25 del mismo mes, y todavía desde Vitoria, escribió á María de Jesús. «Busca una casita en la huerta para las enfermas, y, como no tienen votos, pueden ir de seglares ínterin se curan, pues en Pinto voy á hacer casa y enfermería de Comunidad. Que tomen baños aromáticos y minerales.»

«Salgo hoy para Burgos: mucho tenemos que hablar. Por falta de casa no queda esto ya andando. Tienen mucho empeño, y creen se hallará alguna. Fondos ya los hay: yo priesa no tengo.»

---

(1) Lo decía por los sinsabores que había sufrido en Barcelona.



En Burgos descansó de sus fatigas, pues la casa iba muy bien. Desde allí siguieron las gestiones para la fundación de Vitoria. Como tenía necesidad de tomar los baños de Cestona, se quedó allí hasta principios de Agosto, en cuyo tiempo salió para tomarlos en aquel establecimiento, para ella de tristes recuerdos.

En la misma carta de 31 de Julio hablaba de los proyectos de fundación en Vitoria y en San Sebastián. Ni de las apuntaciones ni de la correspondencia se sacan más noticias. En las de la Hermana Corazón de María se hallan algunas que las completan.

«En los primeros días de Abril, dice ésta, fuimos á Zaragoza donde descansó dos días y me dejó á mí: ella siguió su viaje á Barcelona....»

«Por Mayo volvió á Zaragoza, y sólo estuvo una noche: entonces nos despedimos por última vez. Lo sentí muchísimo, pues parece tenía el presentimiento de que no la volvería á ver.»

«Se marchó á Vitoria, donde querían una fundación, y hasta las ropas se hicieron, pero, como murió poco después, no se puso el Colegio. Luego creo que estuvo en Burgos, Valladolid, Avila, Madrid y Guadalajara.»

«En Julio le mandó la Reina se dejase retratar por D. Luis Madrazo.»

A tiempo se sacó el retrato y por orden de la Reina, que en aquellos momentos sentía ya moverse.



el suelo que pisaba, y bambolearse su trono. Resentidos los católicos y el Clero en general, por el reconocimiento del Reino de Italia, se desviaban de ella con ceñudo retraimiento. El mismo Sr. Claret, censurado por amigos y escarnecido por enemigos, anhelaba dejar el confesonario de Palacio y seguía en él con disgusto, obedeciendo los consejos, casi mandatos, del Papa Pio IX, siempre bondadoso con aquella Señora.

El cólera invadía la península; y, cediendo á consejos torpes y egoistas de cortesanos indiscretos, la Reina, que en ocasiones críticas había dado pruebas de valor, se encerró en el Pardo, acordonándose allí con la Corte. No fué suya la culpa de tal torpeza, que la revolución aprovechó contra ella. No se la hubieran aconsejado, ni la Vizcondesa de Jorbalán, como Vizcondesa, ni la Madre Sacramento, como esclava de la Caridad, y eso que sobre ella se cernía ya la muerte por conducta contraria.

La faz dolorida, macilenta y apagada de su retrato, no es el espejo de su alma enérgica y varonil; lo es solamente de su último dolor, y de aquella languidez, de que adolecía en los últimos días de su vida, y que revelan sus últimas cartas.

---

---

## CAPITULO LII.

*Viaje precipitado de la Madre Sacramento á Valencia, arrostrando los peligros del cólera.—Despedidas cariñosas.—Su último día y sus últimos momentos en aquella casa.*

TALES eran las situaciones de España, de la Corte y de la Madre Sacramento, cuando sonó para ella el instante supremo en el reloj de la Eternidad, donde no hay pasado ni futuro, ni horas ni tiempo. Llegaba rápidamente la caída del trono, el castigo de la Corte, y el azote de la revolución para toda España, y para todas las clases, que bien lo merecíamos, aunque poco lo hemos aprovechado, y bien poco hemos aprendido. A su tiempo Dios repetirá la lección, y á su tiempo también romperá el azote: no se necesita ser profeta para predecirlo.

Agobiada de dolores y achaques, previendo su

último fin, y descuidando su persona, no desatendió ni la salud de sus hijas, ni la de *sus chicas*, frase de cariño, con que solía llamar á las arrepentidas.

Llevó, pues, parte de su Colegio á Guadalajara, á fin de evitar la epidemia en el angosto y lóbrego edificio de Madrid, estrecho ya para tanta gente, repartiéndola también en la casa de Pinto. Próxima al sepulcro marchó á Guadalajara á despedirse del de sus padres y de su hermano, y dar el último adios á todo aquello que ya había dejado antes en la tierra.

Allí no quiso morar en los salones donde había pasado su infancia: hizo que le pusieran la habitación y cama en un rincón de la casa, en un cuarto de la planta baja, casi sótano, donde solían poner el baño en verano. Al verlo viene á las mientes el recuerdo de San Alejo, llegando á morir, pobre y humildemente, en el hueco de la escalera de la mansión paterna.

De vuelta en Madrid, y sabiendo que el cólera hacía estragos en Valencia, salió para allá el día 21 de Agosto por la noche, en compañía de la Hermana Catalina de Cristo. Contra su costumbre se enterneció mucho en la despedida. Presentía su muerte, y no era de extrañar: iba á meterse en medio de la epidemia por alentar á sus hijas de Valencia, cuya fundación le había costado tantos disgustos. Mujer de gran energía y ánimo varonil, de las que Dios cría y forma para altas empresas, y para vergüenza



de muchos hombres, se lanzaba al peligro á sabiendas, con más arrojo que el capitán valiente que, al ver comprometidos á sus soldados, se arroja al medio del fuego, espada en mano, cruzando por entre lanzas y bayonetas, plomo y humo.

Y dejaba aquella casa de Madrid lóbrega y mal ventilada, potro de su tormento durante diez años, y su *jaula*, testigo de sus lágrimas, angustias, mortificaciones y dolores. ¿Qué apego les podía tener ni á una ni á otra? Y ello es que les tenía, porque el hombre suele cobrar apego á lo que le recuerda sus dolores y sufrimientos.

Abrazó á todas, y ellas parece que presentían asimismo que aquel abrazo era el postrero, que era la despedida, y según que bajaba en coche por la calle de Atocha hacia la estación, sin calcular el peligro á que marchaba espontánea y heroicamente, se acordaba de ellas, de sus hijas, de sus *chicas*, y repetía una y otra vez: ¡Qué buenas son! ¡¡pero qué buenas son todas!! ¡Con qué pena se quedan por verme ir donde está el cólera! ¡Qué poca fe en medio de su virtud! Es tontería, nadie se muere si Dios no quiere. Más pena me da el dejar la oración de la noche al pié del sagrario. Pero no tengas cuidado, decía á su Secretaria, porque, como iremos solas en el reservado de señoras, haremos nuestra oración y todos nuestros rezos: ya verás qué bien vamos, y aun podremos dormir.»

«A la entrada de la estación la esperaba D. En-

rique Ojero con su señora (1). Era el Sr. Ojero Hermano Mayor de la Congregación de la Doctrina Cristiana, persona de gran virtud y discreción, con quien se franqueaba mucho la Madre Sacramento, pues la había sostenido en la época más aciaga de su vida, cuando hasta las piedras se levantaban contra ella, como suele decirse, y cuando hasta dentro de la Congregación de la Doctrina Cristiana y en San Juan de Dios encontraba contradicciones, oposición y burlas. Al despedirse de él y de su señora, no pudo menos de afectarse algo, y le dijo con voz algo conmovida:—Ojero, le recomiendo á usted mis hijas (2).

Al pasar por Pinto pusieron luces en las ventanas de la casa, y ella saludó con el pañuelo á sus queridas hijas. Pasaron la noche muy bien, y las dos hicieron su oración y rezos, en cuanto era posible, como si estuvieran en el Colegio.

En Albacete subió á saludarla en su departamento el Comisario del Gobierno, que acababa de pasar el cólera y parecía un espectro. Trató de disuadirla de su empeño: Madre Sacramento le contestó:—Los que hacemos las cosas por Dios no tenemos ese miedo á la muerte.

---

(1) Tan piadosa como él y casi baldada, comulgaba casi diariamente en la iglesia de Don Juan d' Alarcón.

(2) Me lo contó él mismo, y en efecto, fué siempre defensor cariñoso de ellas.



Salió de allí y no quiso desayunarse para poder comulgar; llevaba una sed espantosa. Llegó á Valencia á las doce menos cuarto, y después de abrazar á sus queridas hijas con gran cariño y regocijo: pasó á la capilla, comulgó y estuvo largo rato dando gracias.

Pasó el día bien, aunque fatigada, y tuvo ratos de expansión y regocijo: la casa ya parecía otra. La Superiora, que estaba enferma hacía siete días, se reanimó con su llegada. Al día siguiente, después de oír misa y comulgar, fué en coche á visitar á la Virgen de los Desamparados, y como estaba cubierta con la cortina, pudo subir al camarín, y oró allí largo rato, con la efigie vuelta á la parte de adentro. Oyó otra misa en la iglesia, visitó al señor Arzobispo y al Sr. Montañés, ofreciéndose á cuidarlos y asistirles, si ellos, ó alguno de su familia caían enfermos. Por la tarde estuvo á verla su respetable Director el P. Jaume, de lo que se alegró mucho, y aprovechó la ocasión de confesarse con él.

El día 24, jueves, fiesta de San Bartolomé, se levantó temprano, oyó misa, comulgó y, después de largo rato de oración, se desayunó con un vaso de agua de arroz: tenía algo de diarrea, pero no quiso hacer caso, atribuyéndola al calor; ni aun quiso decir nada al médico cuando vino á visitar á la Superiora. A mediodía se sintió mal, y mandó llamar un médico homeópata: poco después comenzaron los vómitos. La Secretaria comenzó á desnudarla:



—Pero, hija, le dijo, ¿qué estás haciendo?

—Desnudar á V., Madre: tiene que acostarse en seguida.

—Está bien, señorita, le repuso en tono casi jovial: lo haré por obedecerte, pero te aseguro que esto es nada: se van á alarmar cuando sepan que estoy en la cama. Dí que tengo algo de jaqueca, y en verdad que tengo la cabeza pesada.

El homeópata estaba fuera, y otro que se buscó no fué hallado: aquel día arreció el mal horriblemente en Valencia, y no se hallaban médicos: los alópatas que vinieron uno en pos de otro, así que la vieron dieron el caso por perdido.

Preguntóle la Secretaria qué le dolía, y ella le respondió:—Ahora nada, pero muy pronto me dolerá todo, y á las doce ya no me dolerá nada.»

Así fué: á poco rato se aumentaron los vómitos y sobrevinieron calambres, sudores fríos y diarrea continua. Iba perdiendo el habla, pero aun dictó disposiciones, mandando que no entraran á verla si no alguna que otra, lo más preciso, con precaución, y con un frasquito de alcanfor á la nariz. Bajó á la capilla toda la Comunidad, se puso parte telegráfico á todas las casas pidiendo oraciones. El confesor estaba enfermo: acudieron dos Padres de la Compañía, y se reunieron en consulta hasta cuatro médicos. Diósele la Unción, y habiendo cesado los vómitos, se consultó si podría dársele el Santo Viático: eran las ocho de la noche. La Superiora es-

taba muy agravada y se acordó que nada se le dijera. Asistían á la Madre Sacramento las Hermanas Felisa, Visitación y Catalina de Cristo, su Secretaria.

Quando se acordó darle el Viático, le dijo ésta:

—Madre Sacramento: una gran visita por último recurso y medicina.

—¡Qué visita!

La del Santísimo.

—Gracias, Dios mio, dijo dando un gran suspiro, y con voz apenas inteligible añadió:—¡Ay, qué favor! Dios se lo pague, hija mía: yo no me atrevía á pedirlo.

Por no alarmar á la Comunidad subió el Viático acompañado de sólo tres sacerdotes, y las tres hermanas que le asistían con la sacristana María Dolores. Respondió á todas las preguntas con gran serenidad y ternura. Eran las ocho de la noche y se quedó un rato muy tranquila. Pero poco después volvieron los dolores, y el desasosiego, con algo de delirio, por breves momentos. Se le entendía ofrecer á Dios su vida ¡Jesús, mi alma! ¡¡Jesús, mis hijas!! Entre las Jaculatorias que le entendieron era una que debía tener mucha costumbre de decir

Jesús es suma bondad,  
Sabe lo que me conviene:  
¡Hágase su voluntad  
Que rendida aquí me tiene!





A las once, después de un largo delirio, aun conocía á las que la asistían y pudo apenas pronunciar sus nombres. Quedóse muy tranquila, y conociendo iba á espirar fueron por el libro de la recomendación del alma, pues estaba uno de los Padres leyéndola á otra religiosa que había caído en cama dos horas después que ella, la Hermana María de los Angeles, que estaba espirando. Murió la Madre Sacramento pocos minutos antes de las doce del citado día 24 de Agosto de 1865.

En carta que dirigió al día siguiente el P. Juan Bautista Vinader á la Madre María del Espíritu Santo, le decía:

«Serían las seis cuando le dije:

—Madre, acudamos á un remedio espiritual, ¡la Santa Unción! Y ella respondió: — Sí, con mucho gusto.

»A las ocho recibió el Santo Viático (porque habían cesado los vómitos) con una alegría extraordinaria. En medio de sus agudos dolores oraba, y se puede con toda verdad decir que no cesó ni un momento de orar todo el tiempo que duró su enfermedad...

»Ni una queja, ni una palabra menos santa, ni un momento en que cesase de estar en la presencia de Dios, siempre mostrándose afable, resignada y fervorosa. Imposible poder desear una muerte más feliz. Habló hasta media hora antes de morir. Desde este momento su respiración fué disminuyendo has-



ta apagarse, sin hacer ella ningún estremecimiento, quedando, á pesar de los dolores que sufrió, más hermosa que en vida. Yo la recé la recomendación del alma, llorando de ternura... y viendo que todavía había un poco de vida, recé, llorando todos los circunstantes, las letanías de María, y murió al decir el *Oremus*, después de haberle aplicado muchas indulgencias plenarias. Eran las doce menos siete minutos de la noche del 24.

»Pero no fué esta sola calamidad con la que Dios quiso probar esta Santa Casa. Allá á las cuatro de la tarde cayó enferma también la hermana Ángeles. A las siete la confesé y se la dió la Extrema-Unción, y murió á las once y media de la noche del mismo día, después de haber sufrido al exterior mucho más que la Madre Sacramento; y quedó, al morir, mirando al cielo, con una cara que parecía un Angel. Se puso enferma también durante este tiempo la hermana Eulalia y dos chicas, que fueron llevadas al hospital, á donde ya habían mandado otras tres por la mañana y hoy otras dos»...

El dolor de la Comunidad no hay porqué decirlo. Se la enterró al día siguiente, á las cinco de la tarde, llevando su cadáver con el de la otra religiosa, sin aparato, y con escaso acompañamiento, pues las Autoridades civiles tenían prohibidas todas las manifestaciones lúgubres, que pudieran entristecer aun más á la población, y tampoco las circunstancias permitían entonces otra cosa.

Enterrósela en el nicho número 2143 del cementerio de San Martín. Su epitafio dice :

*M. I. Sra.*

*Doña Micaela Desmaissieres  
López de Dicastillo y Olmedo,  
Vizcondesa de Forbalán,*

*Fundadora y Superiora general  
de la Comunidad religiosa de señoras Adoratrices  
Esclavas del SSmo. Sacramento y de la Caridad  
y de los Colegios de Desamparadas:  
Falleció, víctima de su Caridad, en 24 de Agosto de 1865.*

*R. I. P.*

En 1861, al desapropiarse de todo, había hecho una especie de testamento espiritual, que conviene dejar consignado como muestra de su espíritu. Dice así:

«ALABADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

«Quisiera en mis últimos momentos dejar grabado en el corazón de mis hijas de un modo indeleble tres cosas:

«Primero: que yo jamás pedí cosa al Santísimo Sacramento que no me fuese concedida de un modo admirable, y les ruego hagan lo mismo en todas ocasiones, sin que la humildad se lo estorbe, y verán lo que es Dios para sus Esclavas. No me creerían si lo contase.



»Segundo: que, como vamos contra la corriente del mundo, no se dejen jamás alucinar con capa de utilidad, de necesidad, y quizás las digan que en conciencia, y que no sé yo qué razones hallan los del mundo para persuadir que cobren alguna cantidad á las Colegialas. ¡Hijas de mi corazón! el día que el mundo las pague, en el mismo momento pierden el derecho de que Dios las envíe lo que necesiten, como lo hace siempre, al que de caridad le sirve, y lo hizo con esta casa siempre, y lo hará á no dudar.

»Tercero: que si quieren estar siempre bien dirigidas no miren jamás para nombrar Superiora General más que á las virtudes, celo, y prudencia, y caridad, que adornen á la que han de elegir para cargo tan penoso y difícil; y creo que sin un milagro, como Dios hizo conmigo, sin estas dotes no se puede gobernar tanta gente; y como no se nos puede ocultar que los reúne muy especiales mi primera y amada hija Caridad, Ana López Ballesteros, quiero que á mi fallecimiento se escriba mi voto al tiempo de las elecciones de Superiora General, rogando á la Comunidad la nombren á ella; pues es la que creo destinó el Cielo para reemplazarme, si me sobrevive.

»Temo una añagaza del enemigo contra mí, después de mi muerte, y es que mis hijas dejen de rogar al Señor por mí, creyendo no lo necesito; yo las ruego por amor de Jesús, me saquen del Purgatorio: la gran misericordia de mi Dios me llevará allá,



sin tener en cuenta mis muchos pecados, y como si me sacan pronto del Purgatorio yo rogaré por ellas, están más interesadas en no equivocarse por un exceso de caridad conmigo.

» Quiero que sepan mis Colegias y amadas hijas que en mis últimos momentos no las he olvidado: á todas las que se hallan en casa á mi fallecimiento se las dé un vestido de percal y una mantilla y pañuelo, todo ello de 100 rs. como una prueba de cariño que como Madre las tengo, para que rueguen al Señor por mí, á su salida al verse vestidas con mi memoria. Les quiero pedir un especial favor, que si algún día viven mal dejen de cometer alguna vez algún pecado, en memoria de la ofensa de Dios y la pena que á mí me darían si viviera.

» La paz, Hijas mías, todas muy unidas, que se amen todas en caridad; yo se lo ruego, que no haya más que una hermandad, entre Coadjutoras, Ayudantes y Maestras, y todas amen por mí á Jesús Sacramentado, y á mi Madre María Santísima de los Dolores.

#### SACRAMENTO.

*Nota.* Esto mismo lo explico más detallado en mi testamento.

Madrid 7 de Marzo de 1861.

LA VIZCONDESA DE JORBALÁN,

*Esclava del Santísimo y de la  
Caridad.*

---

## CAPITULO LIII.

*Aprobación del Instituto por la Santa Sede.—Nombramiento de la Madre María de Jesús para sucesora de la Madre Sacramento.—Trabajos del Instituto durante el período de la revolución y su muerte de ésta.*

**B**IEN decía Madre Sacramento, en la jaculatoria que se le oía decir en sus últimos momentos, con voz apenas perceptible :

Jesús es suma bondad ,  
Sabe lo que me conviene ;

pues le convenía morir cuando murió y como murió. Su sencillo epitafio la llama «*víctima de la Caridad*» y lo fué, como durante su vida fué esclava de ella. En nuestros días ha sido preconizado y puesto en los altares el Beato Pedro Claver, apóstol de los negros y esclavo de los esclavos negros en nuestras posesiones de Ultramar. Y al dedicarse la Vizcondesa de Jorbalán, con el nombre de Madre

Sacramento, á ser esclava de la Caridad, se hizo esclava de las esclavas del vicio, como aquél esclavo de los negros.

En los momentos en que ella espiraba, no solamente se conmovían el trono de España y todos los fundamentos sociales del país, sino que la revolución se organizaba pacíficamente. Creábanse las juntas de *amigos de los pobres*, que hacían obras de beneficencia, á són de trompeta, muy buenas si las hubiese animado la Santa Caridad. La murga periódica las anunciaba golpeando en su estrepitoso parche, como anuncian sus espectáculos á la puerta de sus barracas los acróbatas y *artistas* ambulantes. Y preguntaban al clero y á los socios de San Vicente de Paul: —Y vosotros ¿qué haceis? Mas éstos, sabiendo lo que dice Jesucristo, no respondían, y daban á los pobres con la derecha, sin que lo supiera la izquierda.

Y después de tres años de ensayos revolucionarios, pronunciamientos y tentativas frustradas, lograron su objeto los autores de aquéllos, y la reina Isabel perdía su corona y se refugiaba en extranjero suelo. En pos de ella salieron desterrados los Jesuitas, fueron suprimidas las Conferencias de San Vicente de Paul, expulsadas de sus conventos muchas Comunidades religiosas, demolidas parroquias, iglesias, cerrados también varios conventos, y despojado el clero del resto de sus bienes y de sus harto mermadas inmunidades.



¿Qué hubiera sido entonces de Madre Sacramento, sabiéndose sus relaciones con la fugitiva Corte? Es muy posible que su Instituto hubiera sido perseguido, y de seguro que hubiera tenido mucho que sufrir. Aun sin eso hubo de padecer no poco.

Cuando los huracanes azotan los campos, las débiles cañas se doblgan, y pasado el huracán se van alzando poco á poco : los robles y los árboles grandes quedan arrancados, ó tronchados. El Instituto de las Adoratrices estuvo también no poco abatido durante el azote del huracán revolucionario.

A la Madre Sacramento sucedió en su cargo la Madre María de Jesús, elegida en 2 de Enero de 1866. Poco tiempo después se logró la aprobación del Instituto, que tanto había deseado la Madre Sacramento, y para cuyo logro pensaba hacer un viaje á Roma, que no fué necesario. Las dificultades que se le presentaban en la tierra, y que algunos le exageraban, fueron allanadas fácilmente desde el cielo. ¿No era esto para ella mucho mejor que luchar en la tierra?

Desde que murió Madre Sacramento cesaron las calumnias, las burlas, los dicterios. Su muerte fué llorada, su virtud aclamada, su heroismo enaltecido : la oponión se pronunció á favor de ella ; es más, algunos de los que la habían ultrajado y escarnecido se dieron por amigos suyos, y quisieron vender como favores actos de hostilidad y difamaciones, suponiendo que era por su bien.

El malestar de la cosa pública, aun antes de la revolución de 1868, la revolución de aquel año, la persecución á la Iglesia, los disturbios diarios y la guerra civil, unidos á los achaques y enfermedad de la respetable Madre María de Jesús, hicieron que no continuara en su tiempo el rápido desarrollo que había tenido en los últimos cinco años de la vida de Madre Sacramento; la cual dejaba fundados seis colegios y la sucursal de Pinto, y trazadas y preparadas las de Valladolid, Vitoria, Avila y Salamanca. No se hizo poco por la sucesora en conservar lo que había.

De Zaragoza vino el P. Suárez, huyendo de la revolución, y halló hospitalidad en la pobre casa de la calle de Atocha, donde murió.

En Burgos fué puesto preso el canónigo señor Martínez Sanz, que se había refugiado en el Colegio, del que era Director, durante el asesinato del Gobernador de aquella ciudad, más impío y revolucionario que los revolucionarios y forajidos que le asesinaron, y los que, después de dejar cobardemente que le asesinaran sus afines, calumniaron villanamente al Arzobispo y á la Sociedad de San Vicente de Paul. Por ese motivo los periódicos revolucionarios é impíos no economizaron sus burlas é insultos á las Adoratrices, por haber dado asilo á su anciano Director en Búrgos.

En Madrid hubo empeño de apoderarse de la casa de la calle de Atocha, y llegó á ofrecérseles



á las Adoratrices para Colegio el edificio de las Comendadoras de Santiago, llevando á Toledo las de aquella Orden y de Calatrava, ya despojadas de su casa, en la calle de Alcalá. Negáronse á ello las Adoratrices, como no podían menos. Costábales además mucho sentimiento dejar la pobre casa de la calle de Atocha, en la cual todos los cuartos, los rincones, las paredes, les recordaban los hechos, los trabajos, las mortificaciones de su querida Madre y Fundadora. Mas fué preciso dejar el local, y pasar á la casa que había sido de los Padres Misioneros de San Vicente de Paul, expulsados también tumultuosamente en los primeros momentos de la revolución, la cual había transformado la casa en hospital. Destrozado, desmantelado, y aun algo ruinoso por algunas partes, fué preciso adquirir de mano particular aquel edificio, ya enagenado por el Gobierno, y no sin litigios y expedientes, promovidos por los que tenían interés en adquirirlo y demolerlo para otros proyectos y construcciones, los cuales habían promovido un expediente para anular la venta.

El día 14 de Abril de 1873, falleció en Barcelona la Madre María de Jesús, y en 27 del mismo fué elegida por tercera Superiora general, por un decenio, la Madre María del Espíritu Santo, Superiora de aquella casa en vida de la Madre Sacramento, según ya queda dicho.









ALABADO SEA EL SANTÍSIMO  
SACRAMENTO.

---

Timbre del papel que usaba

*LA MADRE SACRAMENTO*

en los últimos años de su vida.





## CONCLUSIÓN.

*Las flores marchitas rehabilitadas por la caridad.*

**A**CERCÓSE en cierta ocasión una joven procaz y descocada á un caballero que iba delante de mí. Su porte indicaba lo que ella era: debió decirle algunas palabras inconvenientes y provocativas. Volviéndose aquel caballero con aire medio compasivo, medio exasperado, le dijo duramente :

—¡Infeliz, valiera más que tu madre te hubiera echado al carro de la basura luego que te parió!

Aquellas palabras me hicieron estremecer, ¡que inhumanidad encierran! ¡El infanticidio! ¡el infanticidio antes que la prostitución maldita! ¿Puede pensar así un cristiano, un católico? ¿Sería algun santo el que eso decía, y tal que en su vida hubiese pecado? Cuando Jesús dijo á los acusadores de la adúltera: «El que no haya pecado que tire la primera piedra,» ¿aquel caballero hubiera podido en efecto bajarse á coger piedras del suelo para tirarlas contra aquella infeliz criminal?

Horrible es la idea de una madre lanzando á la basura el fruto de sus entrañas, aunque sea de su deshonor á la vez que de su crimen; pero hay otra basura peor á donde las madres arrojan á sus hijas, no recién nacidas, sino ya criadas, formadas y desarrolladas, y por vil ganancia. Esa basura moral, no de prostitución infame, sino de elegante, y á veces aristocrático concubinato, ¿no es peor y más horrible que la del carro?

Y ¿qué hacen los gobiernos, qué la sociedad, qué los hombres de bien, y los hombres de ciencia, con esos pobres seres degradados, reducidos á escoria social, á basura moral?

¡Oh! El Gobierno reglamenta el vicio, de paso cobra el tributo, y la víctima del vicio le dice:— Protégeme, que para eso te pago: te ayudo á levantar las cargas públicas: si estableces el sufragio universal dame también el derecho de votar y elegir, pues soy *mujer emancipada* y contribuyente.

La policía al oír este raciocinio, pega, pero no escucha. Los hombres de bien recetan, como el otro, una maldición inhumana. Los hombres de ciencia discuten y discuten, argumentan, peroran, declaman, quizá charlan; y después de larga perorata, concluyen con que si el hombre es libre, la mujer también es libre, y que debe ser emancipada, ó emanciparse ella, sin esperar el favor de la ley; lo cual no impide que se la explote, se la prenda y se la maltrate por un egoísmo sin entrañas.



La Ciencia moderna no cree en la *expiación*: los criminalistas de ahora no solamente no la admiten entre sus teorías materialistas, sino que se burlan de ella, y los hombres de mundo hablan de la corrección y del arrepentimiento; sólo que en éste no creen y de aquélla dudan, sobre todo, cuando se trata de mujeres extraviadas, cuya conversión se da por los hombres de mundo casi por imposible: hay un axioma que la tiene por tal.

Mas la Iglesia cree en la *expiación* y en el arrepentimiento, y lo predica y procura, no con peroratas y teorías, sino con obras de humildad y de caridad; y á más de una, como á María la Egipciaca, como á Margarita de Cortona, las tiene en los altares, después de haberlas sacado del carro de la basura moral y social. El poeta latino decía: «¡ Si quieres que lllore, llora tú primero!» La Ciencia charla, pero no sabe llorar: la Adoratriz llora con la Desamparada los extravíos que ésta cometió y que ella en su bendita inocencia ignora.

¡Qué tristeza da ver un lindo ramillete, ó una bella flor, ajada, mustia y marchita, tirada en un lodazal, ó al arroyo de la calle, donde todos la pisotean! ¡Era tan linda aquella rosa entre las hojas y espinas donde brotó! Y luego la vieron, la aplaudieron, la arrancaron de su tallo: hubo quien la prendió sobre su pecho. Se la puso en agua dentro de lindo búcaro; pero ni el agua, ni el búcaro, ni el tibio ambiente del lindo gabinete perfumado le valieron



para conservar su frescura y lozanía; y al verla marchitarse, hallaron que el agua se iba corrompiendo, que la flor comenzaba á despedir olor ingrato, que las hojas marchitas y luego mustias caían al suelo, cual ilusiones pasajeras; y la mano que la cortó apasionada, y la colocó sobre el pecho, otro día la arrojó despiadada y ceñuda al medio de la calle, al lodo, á la basura.

Pues aun era más bella, más lozana y pura la niña, que al lado de su familia, al amparo de sus padres, que la daban sombra, que la rodeaban de las espinas de la corrección, circunspección y modestia, era el encanto de ellos y de los convecinos. Los colores de su rostro y de su tez nacarada eran más bellos y puros en su inocencia virginal, que la rosa en el jardín. ¿Quién la reconoce ya tirada al arroyo de la calle, manchada de fango, pisoteada, arrojada al carro de la basura? ¿Quién pensará, quién logrará ya rehabilitarla?

Esa rehabilitación, eso que no puede, que no sabe la Ciencia, fué la obra de la Vizcondesa de Jorbalán. Recoger esas flores marchitas, limpiarlas, purificarlas, utilizar en pro de ellas lo que quedaba en su conciencia de su primitivo aroma de pudor y honradez, y, si no lo tenían, ni lo sabían, enseñárselo, crearlo á fuerza de caridad y de paciencia. Devolver á sus familias hijas perdidas, extraviadas, y devolvérselas honestas y honradas, sabiendo quizá lo que sus padres no les enseñaron, esa

fué su obra. Muchas decepciones, muchos y tristes desengaños sufrió en ella y sufren sus hijas. ¡No importa: Dios no paga por el éxito, sino por el mérito! En otros muchos casos un triunfo, un buen éxito, coronan sus esfuerzos. ¡Cuántas y cuántas almas y centenares de almas han enviado al cielo, al paso que en esa ardua, triste tarea santifican las suyas! ¡Y cuánto vale un alma á los ojos de Dios! Por el alma de un indio daba por bien empleados sus tesoros la piadosa Reina Isabel la Católica. ¡Por el rescate de un alma volvería á morir Jesús!

Y el caso es que el mundo paga mal á las Hijas de la Vizcondesa de Jorbalán, que no esperan de él su pago; y si tuvo por loca y fanática á la Madre, no trata mejor á las Hijas. No parece sinó que aparenta creer que, al limpiar á las extraviadas, á las cuales él mira con tedio, después de haberlas pervertido y corrompido, hace llegar también su tedio y su asco tardío á las correctoras, al tenor de aquel fuero que decía: «El que toca al leproso es leproso: el que toca al agote es agote.»

¡Cuánta hipocresía! ¡Y si fueran sólo el mundo y la impiedad quienes piensan de ese modo!... ¿Quién sabe si este mismo libro merecerá censuras por narrar algunas de las conversiones que logró, ó de las persecuciones que hubo de sufrir?

En el siglo XVII algunos hombres santos acometieron esta ardua y santa empresa que, en nuestros días, renovó y llevó á cabo la Vizcondesa de